

PIRELLA GÖTTSCHE LOWE

CALDERON

Traducción
de Carla Matteini

ICARIA
Literaria

INDICE

Prólogo de Moisés Pérez Coterillo	9
I ESTASIMO	15
I EPISODIO	19
II EPISODIO	27
II ESTASIMO	37
III EPISODIO	41
IV EPISODIO	49
V EPISODIO	55
VI EPISODIO	61
VII EPISODIO	69
VIII EPISODIO	77
IX EPISODIO	93
X EPISODIO	99
XI EPISODIO	105
XII EPISODIO	115
XIII EPISODIO	123
XIV EPISODIO	131
III ESTASIMO	145
XV EPISODIO	149
XVI EPISODIO	153

EL TEATRO QUE NACE DE UN TUMOR

[A Pasolini le gustaba decir que su teatro había nacido de una enfermedad.] Por encima de la fidelidad biográfica de la anécdota, estaba haciendo uno de sus frecuentes guiños de provocación. Ciertamente, [sus seis textos teatrales nacen de una larga convalecencia en los primeros meses de 1966, que le retienen en cama y durante los cuales vuelve a la lengua de su infancia en el Friuli, en la frontera de Austria y Yugoslavia, a la escritura en verso y a unos diálogos en los que siempre es perceptible la bifurcación de un poderoso monólogo personal.] Pero también, al responder sobre el origen de su teatro, no quería reprimir, seguramente, la sensación de malestar que le producía el escaso interés suscitado por sus textos; un malestar que se traduce tan sólo dos años después en la redacción de un manifiesto en el que se marcan distancias irreconciliables. [El suyo será *un teatro de la palabra*, que se contrapone a los géneros declamatorios, de gestos y de ruidos en boga a mediados de los sesenta. Un teatro esencial, sin el recurso a la espectacularidad, un teatro que sucede en la cabeza.]

Editado después de su muerte, escasamente representado hasta mediados los años setenta, el interés por el teatro de Pier Paolo Pasolini ha sido creciente en los últimos años.

Sin duda han contribuido a su relectura algunos espectáculos importantes producidos en Italia, como la versión de Vittorio Gassman sobre *Affabulazione* —con Gassman había hecho sus primeras tentativas teatrales en las versiones de encargo sobre *La Orestíada* de Esquilo y el *Miles Gloriosus* de Plauto, publicado con el título de *Il vantone*— y un excelente espectáculo de Luca Ronconi precisamente sobre *Calderón*. Hay que notar que, aún fechados a mediados de los sesenta [Pasolini continúa corrigiendo sus textos prácticamente hasta el momento de la muerte, hecho que explica que en estos poemas dramáticos tome forma y cuerpo su encendido debate sobre el tema de la revolución, articulado sobre los acontecimientos del Mayo francés de 1968.]

En ese sentido bien puede considerarse este pequeño grupo de obras: *Affabulazione*, *Pilade*, *Porcile*, *Orgia*, *Bestia da stile* y *Calderón* como un tumor en el cuerpo del teatro convencional [Su lectura y su confrontación con la escena exigen un cambio radical de las relaciones entre el actor, la palabra y el público. Se lleve o no al extremo la literalidad del manifiesto pasoliniano, las relaciones de sus textos son profundamente inquietantes y conflictivas. Exigen una actitud activa del lector y del espectador. La travesía que propone es un camino a veces tortuoso, sin tregua. Pero la emoción de su discurso, la belleza de su palabra, la violencia de sus imágenes son suficiente recompensa.]

No debiera entenderse esta profesión radical de un teatro de las esencias como una enmienda a los géneros y lenguajes de teatro, sino más bien, en mi opinión, como una formulación dialéctica y coyuntural que responde a un momento especialmente conflictivo de una personalidad compleja como pocas y a un creador que transitó desde la poesía al cine, desde la narrativa a la novela o la plástica, todos los territorios de la imaginación. De lo contrario difícilmente se entendería el instinto verdaderamente teatral que respiran sus películas, no sólo las que responden a textos dramáti-

cos, como *Medea* o *Edipo*, sino las posteriores incluidas en la trilogía de la vida y en su testamento final, *Saló, o los 120 días de Sodoma*.

Del ciclo de sus mitos clásicos —en el que pudiera incluirse también *El Evangelio según San Mateo*— hay que decir al menos que ha servido de pauta para no pocas versiones teatrales de textos clásicos que han iniciado tras Pasolini una aventura iniciática hacia las fuentes aún no contaminadas de reductos de civilización feudal o agraria, donde los textos heredados de la antigüedad se despojaban del barniz occidental, romántico, de una arcadia inventada, para desplegarse en toda la belleza casi turbadora de una luz genesiaca que les hacía volver limpios de la maraña historicista y perfectamente contemporáneos, leída con ojos nuevos.

Por lo que respecta a [Calderón, se trata de la revisión crítica del mito de Segismundo, un concentrado poderosísimo del mundo que se establece en *La vida es sueño*, donde encaja el propio mundo poético de Pasolini y su discurso que, sin perder universalidad, rinde un entrañable homenaje a la España sometida a la dictadura del franquismo. Algunos personajes del drama calderoniano, Segismundo, Rosaura, Estrella, Basilio, conocerán una deformación parabólica y la cámara real pintada por Velázquez en *Las Meninas* revela en su profundidad toda la escenografía del poder y la represión. Rosaura, convertida en el personaje de Segismundo vivirá el despertar consecutivo de tres sueños. Los dos primeros parecen paralelos, si no simultáneos. En uno Rosaura despertará en el palacio de un aristócrata de la España franquista para descubrir y enamorarse de su verdadero padre, un viejo exiliado del régimen. En el otro será una prostituta de un barrio de chabolas de Barcelona, tras las paredes del cementerio. Allí conocerá a Pablo, un joven que luego descubrirá que es su hijo. El tercer sueño la devolverá al seno de una familia de la burguesía acomodada de Barcelona, durante los períodos de la revuelta estudiantil. Pero el joven

que aparece huido de la persecución de la policía ya no conseguirá sacarla de su sopor. El verdadero, el imposible sueño de Rosaura, el que nunca tendrá cumplimiento es el de un campo de concentración rescatado a la vida por un estallido revolucionario. }

El texto de *Calderón* de Pasolini conoció su primera edición castellana en 1980 en la revista de teatro "Pipirijaina", en una primera versión de Carla Matteini que ahora ha sido minuciosamente revisada. Su lectura es una invitación entrañable y solidaria a reflexionar sobre nuestra historia reciente, pero su discurso no se detiene en la anécdota histórica. Tiene la ambición de convertirse en un debate que parece especialmente dirigido a los hijos de la imposible revolución del 68. }

Moisés Pérez Coterillo
Marzo, 1987

I ESTASIMO

LOCUTOR

Estoy aquí para deciros unas palabras de introducción.

El autor me encarga que os recuerde ante todo que él, cuando escribe puede utilizar tan sólo aquellas experiencias que ya ha vivido: y no aquellas que está viviendo o vivirá.

Espera, es cierto, que su pasado no sea tan remoto, y que —en las experiencias de un pasado aún reciente— estén comprendidas las experiencias aún por vivir, aunque sólo sea como premisas o posibilidades.

De todos modos se excusa, en particular ante los competentes de la nueva época que está comenzando, presentes en este teatro, quienes a pesar de ser quizá de su misma edad —están tan informados sobre el presente y sobre las posibilidades del futuro, que consideran decrépitas las experiencias vividas el pasado año: ¡por no hablar del lenguaje que las expresa!

Sírvanse tener paciencia estos competentes —y aquellos colegas del autor que tan bien saber seguirles el paso— quienes, ciertamente sin malicia alguna, atemorizan con su saber

¹ *N. d. T.*: Término griego que indica una parte constitutiva de la tragedia clásica. Es el canto coral que enmarca dos episodios, siendo entonado desde la orquesta en posición estática.

tan actual a aquellos que, ensombrecidos por la ansiedad, se ven obligados a mantener, en sus relaciones con el mundo, una gran paciencia y una gran capacidad de aguante. ¡Únicamente las personas sanas y sin dolor pueden vivir de cara al futuro! Las demás —enfermas y llenas de dolor— se encuentran ahí, a medio camino, sin certezas, sin convicciones y quizás aun, por lo menos en parte, víctimas del conformismo y los dogmas de una historia aún más vieja, contra la que tanto combatieron; y, si después participan en las nuevas luchas, lo hacen sin confianza, sin optimismo, y con las banderas colgando como andrajos.

Así, por lo menos, en esta noche de 1967.

I EPISODIO

ROSAURA. — ¿Dónde estoy?

ESTRELLA. — En tu cama.

ROSAURA. — ¿Es ésta mi cama?

ESTRELLA. — ¿Cómo que tu cama? ¿No la reconoces?

ROSAURA. — No, jamás la había visto antes...

ESTRELLA. — No bromees...

ROSAURA. — ¿Y tú quién eres?

ESTRELLA. — ¡Rosaura!... Soy Estrella, tu hermana Estrella...

ROSAURA. — ¡¡Mi hermana!!

ESTRELLA. — ¿Qué te ocurre?

ROSAURA. — ¡Socorro, socorro! Por piedad, socorro, qué me ocurre, sacadme de aquí, sacadme de aquí...

ESTRELLA. — ¿Qué dices, Rosaura, dónde quieres ir, y por qué quieres irte?

ROSAURA. — ¡Socorro, socorro! Jamás te había visto. ¿Quién eres?

Vete de aquí, vete, jamás te había visto,
me das miedo, eres un espectro, jamás había visto
esos ojos, esa boca, esos cabellos,
ese rostro inclinado sobre el mío... Vete,
no me abras, no me toques... ¡Socorro, socorro!

ESTRELLA. — ¡Pero qué te ha ocurrido esta noche!

ROSAURA. — ¿Esta noche? ¡Dios!! Pero si ayer yo no estaba
aquí,

jamás he estado, no reconozco nada
de lo que aquí hay...
¡Aaaaaaaaaaaaaah!

ESTRELLA. — Anoche estabas aquí, en esta casa, conmigo,
con tu padre, con tu madre...

ROSAURA. — ¿Mi padre? ¿Mi madre?
Yo de ellos no sé nada, nada,
soy ajena a todos aquí dentro,
quiero volver a marcharme,
¡quiero regresar allí de donde vengo!

ESTRELLA. — ¡Basta ya, Rosaura!
Siempre fuiste sana, dueña de ti misma,
una muchacha como yo, como todas...
Déjate de historias.

ROSAURA. — ¿Cómo te llamas?

ESTRELLA. — Ya te lo he dicho: Estrella. ¡Rosaura, no bromees!

ROSAURA. — Qué hermosa eres, qué piel tan delicada pero
fuerte...

Qué elegante es ese bucle descuidado de tu cabello
que resbala sobre el ojo...
Y ese traje blanco de seda,
que cubre un cuerpo que no ha conocido sin duda
ropas menos preciosas... ¡Y la cama, luego,
la cama que parece un barquito de oro
anclado en la ensenada de un monasterio!

ESTRELLA. — Sí, somos ricas, Rosaura, nuestro padre
posee cerca de Madrid tantas tierras
como para construir en ellas otro Madrid; y las zonas
edificables aumentan de precio
día a día; el tiempo actúa a nuestro favor;
las novedades, incluso las más contrarias
a nuestras costumbres, incrementan nuestro capital.

ROSAURA. — Pues entonces ¿por qué no reconozco el hilo
de estas sábanas, el brocado de estas colchas?...
¿O bien, si los reconozco, es como
si los hubiera tan sólo imaginado?

ESTRELLA. — ¡No es cierto!
¡Es hora de acabar con este delirio!
Llevas veinte años durmiendo en esa cama.

ROSAURA. — ¡Esas cortinas en las ventanas! ¡Qué cosas
tan prodigiosas! ¡Cortinas semejantes sólo se pueden
soñar!

Soy ajena a ellas: su precio
no está en mis recuerdos —ni en mis costumbres—
—no está ni por asomo dentro de mis posibilidades!
¡Y esta alfombra, este suelo!
Todo esto no me pertenece, porque yo no conozco
ni la riqueza ni lo que a ella va unido.

ESTRELLA. — Rosaura, trata ahora de ayudarme: en tu razón
algo se ha quebrado, y, ay de mí, empieza a
quebrarse también en la mía.
Este dúo nuestro resulta absurdo.
Trata de concentrarte... ¿Qué has soñado esta noche?

ROSAURA. — No he soñado nada, porque ESTO es un sueño.

ESTRELLA. — ¡Pero como yo sé que no es un sueño,
pues soy tu hermana, y he vivido
tu realidad contigo, es necesario que intentes, por lo
menos,
suponer, por hipótesis, que no se trata de un sueño.

Simulemos un juego.

ROSAURA — ¿Qué juego?

ESTRELLA. — Simulemos que no reconoces realmente esta cama, en la que has despertado esta mañana, ni a mí, tu hermana, ni esta casa, llamada en la familia, en broma, el Palacio de Invierno, y todo lo demás...

ROSAURA. — ¿Y después?

ESTRELLA. — Simula entonces fingir que no sabes nada del mundo donde te has despertado esta mañana y vives; y yo simularé tener que explicarte cómo están las cosas...

ROSAURA. — ¿Y todo esto, con qué objeto?

ESTRELLA. — ¡Porque jamás vendrá nadie a rescatarte, aunque imploraras ayuda hasta mañana, hasta perder el aliento! ¡Y yo no podré dejar de ser tu hermana, aunque lo niegues hasta la muerte!
Y de igual manera estos muebles, esta casa, nuestro padre, nuestra madre, nuestro hermano Pablito, que juega en los jardines del Palacio de Verano. Y entonces te quedarías así, ajena, gritando, toda la vida. Por eso debes fingir, y escuchar como en un juego todas las explicaciones que sobre esta vida te daré...

ROSAURA. — ¡No, no quiero saber nada, no quiero aprender nada!

¡Sólo quiero volver allí donde realmente estaba!

ESTRELLA. — En la mesilla hay un anillo. Un anillo de oro, antiguo, que nuestra madre Doña Lupe heredó de su madre Doña Rosaura (¡como tú!) que a su vez lo heredó de su madre, Doña Agustina Iñiguez de Aguado; y de madre en madre, de Doña en Doña, podríamos remontarnos por lo menos hasta tiempos de Velázquez. De este anillo, en efecto, puedes ver ejemplares idénticos en el Prado:

en el cuadro de Las Meninas, por ejemplo. Así se explica el color —entre rojo, morado y rosáceo— de la piedra engarzada en un pequeño marco ovalado y asimétrico como las sayas de las reinas de aquel siglo. Lo primero que has hecho siempre, cada mañana, ha sido ponerte este anillo. ¡Póntelo!

II EPISODIO

DOÑA ASTREA. — ¿Cómo está nuestra Rosaura?

DOÑA LUPE. — Oh, ya se ha repuesto completamente: ha vuelto a adaptarse a su vida.

DOÑA ASTREA. — Este ha sido sin duda un mes terrible para vuestra familia, y para todos aquellos que os quieren bien...

DOÑA LUPE. — Así es, Doña Astrea. Pero quince días en nuestra finca de Cogolludo, y otros quince en el... Palacio de Verano, entre los jardines de Hosas Viejas, han bastado para que Rosaura volviera a ser la que era, en su mundo...

DOÑA ASTREA. — No realmente suyo...

DOÑA LUPE. — ¡Te lo ruego! No pongamos el dedo en antiguas llagas...

DOÑA ASTREA. — Somos amigas, viejas amigas, Lupe. Crecimos juntas en la vieja España anterior a la Guerra Civil; de niñas escapamos juntas a la muerte, y juntas esperamos una victoria

que por fin llegó. Y en los años de esta victoria, nos construimos juntas una vida victoriosa. ¿Por qué habría de haber reservas entre nosotras?

DOÑA LUPE. — Astrea, no se trata de reservas: prefiero no conservar ciertos recuerdos.

DOÑA ASTREA. — Como quieras, Lupe. Pero debes saber que haces mal.

Como buenas católicas, gozamos del consuelo de la confesión. Pero a veces una amiga, o un amigo, o nuestro propio espíritu, valen más que un confesor. Este realiza su trabajo, y absuelve puede que incluso contra el parecer de Dios (estoy bromeando!)

Pero además de católicas, también somos burguesas (quiero decir de cultura, ya que nuestra sangre es noble y feudal, a Dios gracias). Como burguesas, pues, sabemos que existe también un modo de absolver distinto al católico, una terapia para la que basta con la memoria y la conciencia...

DOÑA LUPE. — No empecemos con ese innoble Judío tuyo. No quiero escucharte.

DOÑA ASTREA. — ¿Acaso *tu* Judío no fue absuelto y recibido en la sociedad aria de España?

DOÑA LUPE. — Eso no quita para que Himmler lo hubiera matado

como a los demás. Y habría hecho bien.

DOÑA ASTREA. — Esos son discursos que pueden hacerse allí donde no hay oposición, querida Lupe. Pero ¿estás segura de que aquí en España no la hay? Por lo pronto, hay una nueva hornada de católicos burgueses:

y burgueses, en particular, porque poseen industrias en Cataluña. Resulta imprudente, por ejemplo, hablarle a esa gente de racismo:

sus hijos estudian en las Universidades, y no serán falangistas, sino técnicos. Y si algo de racismo sobrevive, tendrá sus víctimas en los Andaluces y otra mano de obra barata... Pero volvamos a lo nuestro. El problema de Rosaura es un problema al que tienes que enfrentarte, porque representa todo tu pasado, y sin orden en tu pasado, querida Lupe, no puede haber tranquilidad en el porvenir. Hemos vivido siempre en el clima de la victoria; piensa que, cuando el Caudillo haya muerto, este clima de victoria continuará para nosotras; pero será nuevo, ¿y acaso debemos quedarnos atrás?

(*Entran Rosaura y Estrella.*)

ROSAURA. — ¡Mamá!

DOÑA LUPE. — ¡Hija mía!

ROSAURA. — ¡Vengo empapada en sudor!

DOÑA LUPE. — ¿De dónde venís? Saludad a Doña Astrea.

ESTRELLA. — Buenos días, Doña Astrea.

ESTRELLA. — Buenos días, Doña Astrea.

DOÑA ASTREA. — Buenos días, niñas.

DOÑA LUPE. — ¿De dónde venís tan entusiasmadas?

ROSAURA. — Del Prado. ¡Estamos rebosantes de Velázquez!

(*Entra un criado.*)

CRIADO. — Doña Lupe, es un señor...

DOÑA LUPE. — ¿Qué desea?

CRIADO. — Dice que quiere hablaros.

DOÑA LUPE. — Pero cómo, así, sin anunciarse antes...

CRIADO. — ¿Le digo que se marche?

DOÑA LUPE. — ¿Qué clase de persona es?

CRIADO. — No parece un pordiosero,
ni un vendedor... En fin,
no me parece un pesado. Es un hombre
muy correcto, de noble aspecto...

DOÑA LUPE. — ¿Ha dicho cómo se llama?

CRIADO. — Sí, pero sólo el nombre, el apellido no...

DOÑA LUPE. — ¿Y cómo es ese nombre?

CRIADO. — Segismundo.

DOÑA LUPE. — ¡¡Segismundo!!

ROSAURA. — ¿Quién es, mamá?

ESTRELLA. — ¿Quién es?

DOÑA LUPE. — Vosotras, a callar.
Astrea, ¿qué hago?

DOÑA ASTREA. — Déjalo entrar. Hace un rato no sabía que te
estaba

haciendo un discurso profético. ¡Lupus in fabula!

Pero te he sugerido un método, y es correcto, créeme.

No se deja en la puerta a los fantasmas.

DOÑA LUPE. — Que pase.

(Sale el criado.)

ESTRELLA. — Pero ¿quién es ese Segismundo?

DOÑA LUPE. — ¿Ese señor Segismundo? Un amigo de vuestro
padre.

(Entra Segismundo.)

SEGISMUNDO. — Buenas tardes, señoras, Buenas tardes,
Doña Lupe, buenas tardes, Doña Astrea...

DOÑA LUPE. — ¿Puedo presentarle a mis hijas, Segismundo?
Esta es Rosaura, la primera, y esta Estrella, la segunda.
Pablito, el pequeño, sigue en el campo con la abuela.

SEGISMUNDO. — Me alegro mucho de veros, querida Estrella,
querida Rosaura.

De Estrella puede decirse que es Basilio en persona, —
bajo forma, por supuesto, de Angel.

Un misterio es en cambio el rostro de Rosaura...

DOÑA LUPE. — ¿Viene de muy lejos, Segismundo?
Sé que lleva tiempo fuera de España.

SEGISMUNDO. — Sí, esta vez los esbirros me han permitido
entrar...

Quién sabe, quién sabe porqué...

DOÑA LUPE. — ¿Los “esbirros”?

SEGISMUNDO. — Ah, las niñas.

Sabed, niñas, que a pesar de que emplee
la palabra “esbirros”, yo también soy noble,
aunque con una parte de sangre judía.

De todos modos, católico de religión, burgués de cultura.
Tengo todas las cartas en regla, y nada que me diferencie
demasiado.

DOÑA LUPE. — ¿Ha tenido buen viaje?

SEGISMUNDO. — Mi querida Doña Lupe, mi tono vagamente
amenazador

o por lo menos peligroso (como un...

chantajista, a punto de pronunciar la palabra maldita)

se debe simplemente a la emoción. Al deber

de ocultarla. De ahí brota este discurso amargo

e ingenioso, vagamente brechtiano. Pero el canon

queda suspendido! Según la correcta interpretación

de mi amigo Barthes (al que conocí en Japón

mientras admiraba el comportamiento ritual,
aunque cotidiano, de algunos estudiantes).
Es cierto: mi edad es más la de Buñuel
que la de Barthes. Y mi amistad
con Buñuel se remonta a los tiempos del Surrealismo.
¿Cómo podría olvidarlo, aunque ahora llore?
Llevo al Diablo a mi costado.

Que logra, Doña Lupe, que vos tengáis un huevo
en lugar de un ojo, y que las manos
de Doña Astrea sean ramitas de limonero.
Vuestras hijas llevan dibujado en el pecho, la una a
Machado
(con los bigotes que jamás tuvo), y la otra a Unamuno
(sin bigote, y con ojos color naranja).

He pasado los últimos meses de exilio
en compañía de Goytisolo —que ejerce
de juez injusto en Festivales de Cine—
y sobre todo con Rafael Alberti, en el n. 82
de vía Garibaldi, una calle de Roma, detrás del Puente
Sisto,

de viejo empedrado, y viejo olor a establo,
con rojos cuarteles de carabineros, y casas bajas,
de dos o tres pisos, del Diecinueve o del Dieciocho,
cuyas tapias desconchadas evocan
una España que ha permanecido pudriéndose en un
sueño
de polvo y oscura paja reseca...

DOÑA LUPE. — ¿Y dónde irá ahora, Segismundo?

SEGISMUNDO. — Estaba solo en el avión, cuando, al contemplar
debajo
el gran plato amarillo de España, pude llorar
libremente. Los pedazos de tierra amarillos y los ama-
rillentos
rectangulares, y los pedazos cuadrados —marrones,
o verde oscuro, pero de un verde hueco de bronce—

se sucedían al infinito, sin variar:
surcaban esa espalda de nuestra Madre Muda,
de nuestra Madre Mora, largos caminos morenos,
de un pueblo a otro, cada uno con forma de vulva.
De color malva eran esos pueblos y esas pequeñas ciu-
dades.

En ellos reconocía las iglesias y los palacios de los Vi-
rreyes:
y el aire de una provincia tan compacta y severa
que es como una muralla opuesta al cielo.
Y así lloraba, como un poeta junto a la orilla del Duero.
Mi alma colgaba como una camisa
con sus faldones fuera de los pantalones...

ROSAURA. — ¿Y qué le producía tanta tristeza?

SEGISMUNDO. — ¿Qué edad me echas, niña Rosaura?

ROSAURA. — Más o menos la edad de mi padre o de mi madre,
aunque parece más joven...

SEGISMUNDO. — ¡Gracias! Todos estos años los he vivido bro-
meando.

ROSAURA. — ¿Bromeando?

SEGISMUNDO. — Sí, debía vivir en Madrid, pero les engañé
y he vivido un poco en todas partes (como un trota-
mundos);

debía ganar una lucha, y en cambio la perdí;
debía tener toda una serie de amores españoles,
y en cambio, con hábiles maniobras, los tuve
italianos y franceses, ingleses y americanos.
¿Acaso alguien preveía que yo llegaría a ser
ministro de Educación en España?

¡Ni por asomo! Los dejé a todos con un palmo de narices
y sustituí el cargo por una serie de misiones
(secretas), de las que ninguna alcanzó jamás
su conclusión (eludiendo así a mis más queridos

compañeros). En resumen, a todos he jugado malas pasadas,
y sobre todo a mí mismo, como buen bromista.

DOÑA LUPE. — No nos ha dicho dónde piensa establecerse.

SEGISMUNDO. — Elegiré una sede puramente simbólica.

No me ocuparé ni del clima, ni de las comodidades,
y menos aún de las vanidades mundanas. Me instalaré
en un pueblo o en una ciudad, en base a alguna
anécdota que me parezca significativa,
y me permita así continuar la larga burla.

Por ejemplo, el pueblo donde Machado escribió
su poema más hermoso; o aquel en que nació la madre
de Juan Ramón Jiménez; o quizás, aquel donde Picasso
hizo por vez primera el amor con una muchacha.

¿Cómo podría dejar de bromear a los cincuenta años?

Seguiré corriendo por railes paralelos
a aquellos por los que hubiera debido transcurrir mi vida.

ROSAURA. — Su vida ha sido y será hermosa, con tantos viajes
y tantas hermosas amistades, y tanta viveza...

DOÑA LUPE. — ¿Qué sabes tú de esas cosas?

SEGISMUNDO. — Déjela hablar, Doña Lupe. ¡Es tan joven,
con esa carita desesperada de zorro!

Mira, Rosaura: ¡quien vence es idiota,
pero también perder siempre, es una gran desgracia!

II ESTASIMO

Por segunda vez (y no será la última) me presento aquí
para ofrecer explicaciones de parte del autor; ofrecer expli-
caciones y presentar excusas. El decorado que ahora veréis
ha sido construido según las viejas reglas de la escenografía
tradicional. No ha sido por nostalgia de esas reglas, que el
autor ha decidido plantear todo esto, y por tanto utilizarme
a mí, en sustitución de la no menos vieja y conmovedora
acotación. Es más, el autor sigue detestando, con la relativa
lucidez de su razón, toda escenografía que no sea tan sólo
indicativa; ya que si no es así, no es más que un elemento
de ese rito social que es el teatro para la burguesía, que el
autor no puede por tanto amar.

Lo que ha impulsado al autor a imaginar este episodio
como si se desarrollase en el interior del cuadro de "Las Me-
ninias" de Velázquez es una inspiración de calidad misteriosa,
que no implica nostalgia por el viejo teatro, sino utiliza al
viejo teatro, mezclado con la pintura, como elemento expre-
sivo de sentido incierto. No un compromiso, sino un cálculo,
ciertamente algo enloquecido (por el que el autor vuelve a
excusarse ante aquellos que pretenden de los demás el rigor,
ignorando que a menudo el rigor no es sino una justifica-

ción para la aridez); y no una contradicción inocente, sino una contradicción consciente.

El autor os ruega pues que os sintáis, a lo largo de unos diez minutos, como los espectadores del viejo teatro como nto social, y que disfrutéis con lo que ha sido hecho para vuestro placer. La precisión patética de la reconstrucción, la belleza de los colores (que se deben por cierto a Velázquez, del que el escenógrafo no ha sido más que un intermediario entusiasta), la gracia compacta de los objetos (valiosas adquisiciones de anticuario), la laboriosa disposición de las luces, los materiales seleccionados con auténtico amor... Todo ello elaborado, puesto a punto, compuesto, a escondidas de vosotros, para complaceros.

III EPISODIO

BASILIO REY. — (Desde el espejo.)

El amor tal y como lo concebimos nos, Rey Burgues, es impensable sin un sentido social.

LUPE REINA. — (Desde el espejo.)

Y nos, Consorte del Rey Burgues, no podemos más que confirmarlo.

BASILIO REY. — El orden reina en España. ¿Es posible pensar una forma de amor diferente?

LUPE REINA. — Allí donde reina el orden, reina la unicidad.

Y la unicidad nos otorga el mayor de los consuetos: vivir realmente la vida. Raras veces ocurre esto en la Historia. Ahora bien, un Español en trance de muerte puede decir: "Mi vida ha sido una verdadera vida".

BASILIO REY. — La mayoría, al vivir la única verdadera vida, confiere validez al poder, elemento de esa verdad.

LUPE REINA. — Tu padre es Rey.

Pero es Rey como un Pobre es un Pobre o una Bestia una Bestia. El término "fascista" es natural, y no califica pues al poder más que como una necesidad o una promesa.

BASILIO REY. — Reconoce tu vida en la de los demás,
Rosaura, y comprobarás que es VERDADERA.
Vive los amores que viven los demás, y verás
que no se diferencian de la vida.

LUPE REINA. — Animo, Rosaura, no nos obligues a continuar
este penoso y académico canto amebeo:

confiesa a tu padre que estás enamorada de Segismundo.

→ Esto es un sueño. ¿No ves qué pinta tienes?

El corpiño ceñido y alargado, de un gris apergaminado,
como de sagrada cera: y la falda con las dos jorobas
en las caderas, inmensamente apaisada, en su severa
exageración barroca. ¿Y qué llevas en el escote
y en los puños de esas largas mangas afaroladas?

Flores de un rosa que no lograrías tiñendo
ningún rojo, o encendiendo en la memoria
ningún tono áspero de baya, grosella o cereza,
un rosa que es el fantasma de papel del malva,
convertido primero en naranja, y bañado después en la
aurora:

su textura es la de un antiguo zumo,
de un aceite seco, esmerilado, y como visto
a través de una placa que protege esqueletos rosados.
¿Y no ves, al volverte, en el pequeño espejo
al fondo del salón, el rostro alargado
de tu padre de rojo pelaje, de autoridad difunta
y renacida en su nieto? Tu padre es un infante,

Rosaura, que poco a poco ha ido reproduciendo a su
padre:

→ la belleza de su cabello rojizo y de su amplia frente
expresan la nobleza de una vida burguesa no traicionada,
antes bien, exaltada hasta su máxima naturalidad.

La pluma que blanquea en mi cabellera
—que reproduce la silueta de dos jorobas de tu falda—
no precisa explicaciones: es la gracia
que corona con fidelidad, dedicación y certeza,
la bondad de la vida del hombre a mi lado.

Si te volvieras, más que absurda dureza,
verías en nuestra actitud algo
monumental, algo tenue y severamente
monumental, que se explica con su propia presencia.
Nosotros somos todo lo que puede ser: no cuentas
con otros interlocutores, niña Rosaura.

BASILIO REY. — Si esto es un sueño, no sirve sin embargo más
que ←

para hacer más real la realidad.

Y nosotros estamos en su raíz.

Estos ropajes no eluden,

sino explican mejor, exaltando su naturalidad,
nuestros trajes burgueses de estos años.

El diafragma, si bien expresivo, que colocamos
entre nuestro día ideal y este día de 1967,

nos sirve para dar a la ambigüedad la forma de la ab-
solutez:

iy eso, para quien no lo sepa, no es ilusorio!

Es producto de honestidad, resignación y fe.

LUPE REINA. — Y en este clima te pedimos tu confesión.

BASILIO REY. — Sólo si confiesas lo inconfesable
podremos hablar contigo, y persuadirte
de tu traición. regenerándote.

LUPE REINA. — Es la antigua regla del mundo donde has nacido.

BASILIO REY. — ¡Y no por democracia! Sino porque el Poder
dialoga con quien le pertenece; porque el Poder
PUEDE ser bueno, más aún, DEBE ser bueno. ←

LUPE REINA. — ¡El nacimiento! ¡Qué extraordinaria fuente de
derechos!

BASILIO REY. — ¡Y de conocimiento!

LUPE REINA. — Vuélvete, y contempla el amplio espacio a tus
espaldas.

¡El salón del Príncipe! Cuánto aire
sobre tu cabeza: un aire gris de polvo real.
¿No ves cómo hasta la luz del sol, que irrumpe
discreta por el hueco (que un caballero
obstruye con su muda silueta) se transforma
por la riqueza de la casa donde se derrama, transparente?
Los mil actos palpitantes en el palacio, en los que se
cumple
la cotidianeidad de la riqueza, nos han ido empujando
a todos aquí, al salón de rústico suelo,
en un "acontecimiento casual": ¡pero observa
cuánta absolutez nos dispone aquí en el espacio!
Es la riqueza la que realiza milagros semejantes.
Interroga a la niña Doña María Agustina Sarmiento,
que te ofrece una redoma de un tono rosa sagrado que
es espectro

de langosta donde el rojo regula su extinción;
interroga a la niña Doña Isabel de Velasco,
quien, por su parte, permanece, algo boquiabierta,
a tus espaldas, expresada por azules de amancida;
interroga a la enana chata María Barbola, y al enano
Nicolásito Pertusato (que son, a fin de cuentas, los au-
ténticos
protagonistas

de todo este "acontecimiento casual", en su calidad de
monstruos,
que, si bien delicados en la luz, expresan en la superficie
la monstruosidad que permanece oculta y agraciada en
el fondo);
interroga a las Guardadamas, a la señora Marcela de Ulloa;
interroga al chambelán de Palacio, pariente del pintor
José María Velázquez: ¡y al propio Diego Rodríguez
Velázquez!

Sí, interroga al autor, involucrado también
en el mundo de nuestra riqueza,
¡y que, aun mirando desde fuera del cuadro, está dentro de él!

Todos ellos podrán testimoniar por nosotros.

BASILIO REY. — No quieres confesar, pues. No podremos con-
vencerte
entonces de que el señor Segismundo, al que amas,
no puede ser amado por ti, ya que ningún sentido social
podrá jamás contener ese amor: Segismundo, en efecto,
es un antifascista, que ha vivido en el exilio, fichado,
vigilado en su domicilio, un ser contaminado
por la pobreza, que él defiende traicionando a la riqueza,
y al que —como dijo tu madre al hablar de los Judíos—
las autoridades del Estado deberían enviar al paredón.

IV EPISODIO

ESTRELLA. — ¿Cómo está mi pobre hermana?

MANUEL. — Como están los locos, bien y mal.

ESTRELLA. — Pero ¿es posible enloquecer de amor
como en los dramas pastoriles del Diecisiete?

MANUEL. — ¿Por qué no, por qué no? (¡Qué bonita copla!)

ESTRELLA. — ¡No bromees, no presumas de mayor, que te co-
nozco!

MANUEL. — ¡Ah, conque me conoces!

ESTRELLA. — ¡Claro que te conozco! Conozco
a todas de la misma manera, no estoy loca.

MANUEL. — No, retoño dorado.

ESTRELLA. — ¿Sigues enamorado de ella?

MANUEL. — Como buen burgués, soy su médico de cabecera.

ESTRELLA. — Como buen burgués: tú y yo somos entonces
almas gemelas.

Pero yo no te importo, porque amas a Rosaura, ya se sabe.

MANUEL. — "Porque amas a Rosaura": ¿es una canción?

ESTRELLA. — ¡Cómo se nota que no naciste para ser burgués!

¡No está bien bromear más de dos veces sobre el mismo tema!

MANUEL. — Es un destino: Rosaura ama a un burgués fallido, y otro burgués fallido ama a Rosaura.

ESTRELLA. — Ningún burgués puede ser fallido.

MANUEL. — No conocía esa máxima, que te convierte de pronto ante mis ojos en mucho más adulta.
Pues sí, debería saberlo: ¡ay del que no sea adulto!

ESTRELLA. — ¿Por quién me habías tomado?

MANUEL. — Por una chiquilla con la carita de zorro de la familia, de tez lunar, linfática, adeinodea, según la retratística de la más alta escuela española, cuya crueldad es proporcional a la palidez: pero barnizada con una pátina moderna de falsa despreocupación, viva, móvil, eficaz, porque una rica burguesa debe imitar ya a las pequeño burguesas, ies decir, a la mayoría, a la mayoría!

ESTRELLA. — Entonces Rosaura es idéntica a mí.

MANUEL. — No, ella ha sido inesperadamente derrotada.

ESTRELLA. — Hay un único misterio en su nacimiento, que en el mío
no existe.

MANUEL. — Claro: estamos marcados por la derrota desde que nacemos. El nacimiento lo es todo.
¡Imagínate si llegas a nacer con la piel oscura!

ESTRELLA. — ¡Uf! En España no hay Negros.
Y además, Rosaura tiene la piel más clara que la mía.

MANUEL. — Rosaura es un aura rosa.

ESTRELLA. — ¿Pero sabe ella que estás enamorado de ella?

MANUEL. — No serviría de nada.
Está enamorada de otro mí mismo.

ESTRELLA. — ¡Chhisst! ¡Habla bajo! ¡No te fíes de las paredes españolas!

MANUEL. — ¿Te preocupas por mí? Ya estoy del todo comprometido:
y si trabajo en un manicomio, es porque en realidad estoy en él
encerrado, aislado, excluido también, como tu hermana.

ESTRELLA. — Has sido un estúpido: era antes, era antes cuando debías habérselo confesado.

MANUEL. — ¿Y ofrecerle el amor de otro derrotado, cuya perspectiva es vivir una espera?

ESTRELLA. — Pues así lo que ha ocurrido es que ella se ha enamorado
de todos modos de un derrotado, con perspectivas aún
peores.

MANUEL. — Extrema claridad de la vida.

V EPISODIO

ROSAURA. – ¡Aah! ¡Aaaaaaaahhh! ¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah!

MONJA. – ¡Tranquila, tranquila, cálmese, doña Rosaura!

ROSAURA. – ¿Y por qué debería calmarme? ¿Por qué?

¿Qué cálculos he de hacer?

¡Aaaaaaaah! ¡Aaaaaaaah!

MONJA. – No grite, doña Rosaura, no llore tanto...

¿Por qué no intenta rezar?

ROSAURA. – ¿Dónde estoy?

MONJA. – Sabe usted muy bien dónde está.

ROSAURA. – ¡No! ¡No lo sé! ¡No lo entiendo! ¿Es un convento?

¿Es una clínica? ¿Es un manicomio?

¿Es una cárcel?

MONJA. – Usted siempre finge no saber, doña Rosaura.

Pero el Señor lee en el fondo de su corazón
incluso lo que usted no quiere.

ROSAURA. – ¡Aaaaah! ¡Aaaaah! ¡Socorro! ¡Socorro!

¡Quiero salir de aquí! ¡Socorro! ¡Socorro!

¡No quiero rezar! ¡Me aterra rezar!

¡Aaaaah! ¡Socorro! ¡Por piedad!

¡No quiero saber de Dios, no quiero saber!
¡Dejadme la libertad de prescindir de él!
¡Aaaaaaaaah, socorro, socorro!

MONJA. — ¡Cálmese, cálmese, doña Rosaura! ¡Aaaaaaaaah!
¡Aaaaaaaaah! ¡Enfermeros, enfermeros!
¡Hay que atarla! ¡Aaaaaaaaah! ¡Aaaaaaaaah!

(Entra Manuel.)

MANUEL. — Hermana, ¿por qué grita de esa manera?

MONJA. — Sólo porque le he sugerido que rezara...

MANUEL. — Ya le he dicho que la dejara en paz con ese tema.

MONJA. — Esto es un convento, doctor: ¡la casa del Cuerpo Divino!

ROSAURA. — ¡Aaaaaaaaah! ¡Aaaaaaaaah! ¡Devolvedme mi cuerpo!

¡Es mío, es mío! ¡No es algo
que podéis depositar donde queráis!
¡Mi cuerpo es sagrado, y yo vivo con él!

MONJA. — ¿Vé usted? ¡Está blasfemando!
¡Su cuerpo sagrado! ¡Como el de Cristo!

MANUEL. — Márchese ahora, hermana, déjeme con mi trabajo.

(Sale la monja.)

Precisamente porque tiene un cuerpo, mi pobre Rosaura,
puede usted ser nuestro chivo expiatorio.
Vamos, levántese y deje de llorar.

ROSAURA. — ¿Por qué quiere consolarme?

MANUEL. — No dispongo de otra manera
para compensar mi sino de derrotado.

ROSAURA. — ¡No pronuncie esa palabra!

MANUEL. — ¿Está pensando en el hombre por el que ha venido
a parar aquí?

ROSAURA. — Sí, pienso en ese hombre al que la derrota
ha convertido en extranjero en el mundo de los demás...
pero como un ángel viejo que no sabe llorar.

MANUEL. — Sí, es hermoso el mundo de los demás. Y yo
pertenezco a ese mundo, ya que, según parece, ninguna
cualidad
diferente

me convierte en objetivamente peligroso para ellos...

ROSAURA. — Pero ¿lo es?

MANUEL. — ¡Bah, la estirpe de los hidalgos no se ha extinguido
en España!

ROSAURA. — Cuando bromea habla como mi padre...

MANUEL. — ¿Cómo se atreve a criticar a su padre? ¿Lo vé?
¡Tiene todo el derecho de querer librarse de usted!
Y de vivir como todos los padres españoles
el presente y la tradición, sin contradicciones.
Yo colaboro con él en su segregación,
en la que ha sido usted silenciada: cuerpo, cosa.

ROSAURA. — Pero ¿qué quiere decirme con todo esto?

MANUEL. — Que le devuelvo su libertad. Le abro las puertas
de la cárcel, o de la clínica, o del convento,
escoja la palabra que prefiera. Regrese al mundo.

VI EPISODIO

SEGISMUNDO. — ¡Rosaura! ¿Cómo has llegado hasta aquí!

ROSAURA. — Del lugar donde estaba encerrada
me sacó un milagro, y emprendí el viaje.

SEGISMUNDO. — Ya conozco esos milagros. ¿Quién
puede liberar de la torre? Nadie sino
el Padre que dispone de Angeles.

Y el paso de los sicarios es tan liviano
que la víctima a la que se quiere hacer creer que está libre
ni siquiera los oye. No puede entonces volver atrás
y ver al joven criado rubio o al joven criado moreno
—llamémosles Leucos y Melainos, el Luminoso y el
Oscuro—

que por un sentimiento insondable han decidido
que su honor está en la lealtad, su virilidad
en la obediencia: y han estrechado un pacto de igual a
igual

con su señor...

ROSAURA. — No. No me han liberado unos sicarios;
sino un rebelde derrotado como tú.

SEGISMUNDO. — ¡Qué dura, qué adulta te has vuelto, cómo
tu carita

lunar expresa certeza y amargura!

ROSAURA. — ¡Aprendí algo, Don Segismundo!

SEGISMUNDO. — ¿Rompiendo las cadenas de tu nacimiento?

ROSAURA. — ¿Nacimiento? Diga más bien despertar: de un sueño que no recuerdo.

SEGISMUNDO. — Lo sé, así comenzó tu mal.

ROSAURA. — Pero ¿por qué me habla con voz tan dolorosa, y ha perdido toda su viveza?

SEGISMUNDO. — En las notas que me has escrito me enviabas, al principio, expresiones de admiración casi filial (acababas de conocerme, a través de las apresuradas presentaciones de tu madre); después, poco a poco, se han ido convirtiendo en auténticos mensajes de amor...

ROSAURA. — Así es, Segismundo.

SEGISMUNDO. — Ahora puedo hablarte: porque el haber sido ofendida (por el silencio de quien no corresponde tu amor) te concede ciertos derechos; y tú sabes que los tienes.

ROSAURA. — ¿Y qué va a decirme?

Diga lo que diga, no me cambiará.

SEGISMUNDO. — No sólo yo no puedo amarte, Rosaura, sino que tú tampoco puedes amarme.

ROSAURA. — ¿Por qué?

SEGISMUNDO. — No grites con tanto arrojo ese "porqué", y dime más bien "cómo" me amas...

ROSAURA. — No lo sé, porque es la primera vez que amo.

SEGISMUNDO. — Pero yo debo saberlo: ¿qué amas de mí, mi cuerpo o mi alma?

ROSAURA. — Todo, todo, Don Segismundo.

SEGISMUNDO. — ¿Entonces querías casarte conmigo?

ROSAURA. — ¡Sí!

SEGISMUNDO. — ¿Y tener hijos?

ROSAURA. — ¡Sí!

SEGISMUNDO. — ¿Pero tú sabes, Rosaura, cómo eso ocurre?

ROSAURA. — Pues... mi madre y mi hermana afirmaban que los hijos nacen debajo de una planta (mi madre decía que era una rosa, mi hermana que una coliflor). ¡Pero yo no me lo creía! ¡Después he sabido que nacen del cuerpo de la madre!

SEGISMUNDO. — Y ahora dime, Rosaura: afirmas que además de mi alma, amas mi cuerpo. Pero tú sabes que el cuerpo de un hombre es diferente del tuyo... del de una mujer...

ROSAURA. — ¡Claro que lo sé! ¡Y por eso se puede hacer el amor!

SEGISMUNDO. — Entonces también me amas por esa parte de mí, de mi cuerpo, que sirve para hacer el amor...

ROSAURA. — Sí... creo que le amo también por eso...

¡Y sé, Segismundo, cómo es!

He visto a Pablito desnudo, cuando era niño, pero sé que después, cuando el hombre se hace adulto, ese miembro crece, y se abre, deshojándose, como una piña o una rosa.

SEGISMUNDO. — Y ahora que hemos aclarado que en este tema estás suficientemente informada, no sin cierto rubor de fiereza, pasemos a otras cosas...

Estoy bromeando, Rosaura, pero debo prepararte para una noticia

que te dará al mismo tiempo gran dolor y gran gozo: que se anularán el uno al otro, dejándote, probablemente, sin palabras, como hundida en la tiniebla.

¿Has oído decir que en España hubo una Guerra Civil (cuando aún tenías que salir de la tiniebla a esta vida)?

ROSAURA. — Claro que lo sé.

SEGISMUNDO. — Yo en esa guerra estaba con los pobres contra los ricos, con los obreros y los campesinos y contra los curas y los burgueses.

Nos fue muy mal...

ROSAURA. — Lo sé, Segismundo, y también le amo por eso...

SEGISMUNDO. — Yo era entonces poco más que un niño... como ahora Pablito: y tu madre tenía mi edad.

Ibamos al mismo colegio, y éramos novios.

¡En broma, en broma! Pero nuestro amor era auténtico.

Lo comprendimos más tarde. Además de amarnos, teníamos también las mismas ideas políticas, entonces.

Eramos dos fervientes republicanos: amábamos a los anarquistas

y a los comunistas como a hermanos. ¡Qué cosa tan maravillosa,

en toda la tierra, esa España en manos de su pueblo!

¡De su pueblo conformista y revolucionario, mezquino e impetuoso, lleno ya de su tragedia!

Con catorce años ya sabía manejar el fusil, y disparé contra la Falange, en Cáceres, en Trujillo;

y, con catorce años, escribía cartas de amor como un soldado en guerra a su novia.

Porque la guerra separa siempre, su verdadero fin parece ser el de separar a los amantes.

Después todo acabó, con nuestra derrota.

Yo hubiera podido regresar a Madrid, volver a ver a mi novia, retomar, perdonado, mis estudios, entrar, al fin, en la vida VERDADERA. Como ya sabes, no lo hice.

No volví a ver a tu madre de niña.

Pasaron los años. Otra guerra estalló y terminó. Sobreviví una vez más (¿te estoy contando un sueño?), y por una terrible nostalgia

volví en secreto a España.

¿A quién, a quién busqué en seguida en el viejo Madrid, por el que vagaba solo como un chivo expiatorio huido del hacha? ¿A quién, con toda mi viveza

contraída en el corazón? ¿A quién sino a tu madre?

La encontré, porque Madrid es pequeño, es una ciudad de provincias, los que se cuentan se conocen todos,

como en un pueblo. ¿Pero a quién encontré al fin

en lugar de tu madre? A una mujer desconocida,

cuyos quince años de más eran como un siglo

de orden y tedio: Doña Lupe, una auténtica española,

sin principio ni final, confundida con sus antepasadas,

hincada en el centro de la vida, Nike de pierna corta.

Por eso puedes haberla oído afirmar:

Himmler hizo bien en exterminar a seis millones de

Judíos

y a otras gentes similares indignas de vivir.

Ella había odiado, con pureza de niña,

conmigo, a Franco, cuando salió de Africa

y desembarcó en Andalucía. Ahora lo ama.

¿Cómo podría ser ese amor, más que furibundo?

Al encontrármela así, la violé.

Sí, esa cosa que crees ver bajo forma de sublime

piña o de magnífica rosa, que se abre con la mañana,

con la que el marido preña a la esposa de hijos benditos,

yo se la impuse a tu madre por odio y por venganza,

o por un amor que ya no quería llamarse tal.

Pero eso no impidió que naciese una criatura.

Te advertí que esta historia novelesca

te dejaría como perdida en la tiniebla,

por lo menos es lo creíble, ya que el dolor

sofocaría al gozo, y el gozo al dolor.

Esa criatura eres tú, y yo soy tu padre.

¿Ves? No hay más que decir.

Tenía que contarte toda la historia, tenía que hacerlo, aunque los deberes no son sino diques contra la realidad y a menudo resultan ser también perfectamente inútiles.

Haz lo que quieras. Eres libre de no amarme ya

-y es lo que parece que debes hacer-

o bien de seguir amandome.

ROSAURA. — Quisiera seguir amándole...

SEGISMUNDO. — ¿Has... has leído en el colegio ese drama de Calderón que se llama *La vida es sueño*?

ROSAURA. — Sólo he oído hablar de él.

SEGISMUNDO. — Había un rey, un profeta, que había leído en el futuro que su hijo (Segismundo, casualmente, como yo) lo mataría. Entonces mandó que lo encerraran en una torre encadenado, alejándole de la vida como a un monstruo. Pero un día el rey se arrepintió. Y quiso hacer un experimento para comprobar sus profecías. Mandó poner en libertad a su hijo, tras haber ordenado que lo durmieran profundamente con narcóticos legendarios, y lo hizo despertar en su palacio, en un lecho maravilloso, de hilo y brocados. Para Segismundo esto era un sueño, es evidente. Pero en el sueño vio a una mujer y se enamoró de ella. El sueño estaba destinado a terminar (y así Segismundo fue encerrado de nuevo, dormido, en su torre): el sueño estaba destinado a terminar, pero no así su amor. En el nuevo sueño un sentido continuaba. ¿Qué ha querido decir, con esto, Calderón?

VII EPISODIO

ROSAURA. — Dios mío, ¿dónde estoy?

CARMEN. — Estás en tu cama.

ROSAURA. — ¿Esta es mi cama?

CARMEN. — Tu cama, ¿no la reconoces?

ROSAURA. — No, nunca la había visto antes...

CARMEN. — No te hagas la loca, Rosaura...

ROSAURA. — ¿Y tú quién eres?

CARMEN. — Oye Rosaura... ¡Ah! ¡Ah! ¡Soy Carmen, tu hermana Carmen!

ROSAURA. — ¡Mi hermana!

CARMEN. — ¿Pero a ti qué te pasa?

ROSAURA. — ¡Socorro, socorro! Por caridad, socorro, qué me pasa, sacadme de aquí, sacadme de aquí...

CARMEN. — Pero qué dices, Rosaura, caray, ¿a dónde quieres ir, por qué te quieres ir?

ROSAURA. — ¡Socorro, socorro! Jamás te había visto antes. ¿Quién eres?

Vete de aquí, vete, jamás te había visto,
me das miedo, eres un espectro, jamás había visto
esos ojos, esa boca, esos cabellos,
ese rostro sobre el mío... Vete,
no me abrasces, no me toques... ¡Socorro, socorro!

CARMEN. — ¡¡¡Pero bueno!!! ¿Qué demonios has soñado esta
noche?

ROSAURA. — ¿Esta noche? ¡Dios!! Pero si yo ayer no estaba aquí,
jamás había estado, no reconozco nada
de lo que hay aquí...
¡Aaaaaaah!

CARMEN. — Pero si anoche estabas aquí, loca, conmigo,
con nuestro padre, con nuestra madre. ¡Ah! ¡Ah!

ROSAURA. — ¿Nuestro padre? ¿Nuestra madre?
¡Jamás los he visto!

CARMEN. — Siguen siendo los mismos, Rosaura de mi alma,
el viejo Cirlot siempre borracho,
y la vieja Agustina siempre rabiosa.

ROSAURA. — Jamás había oído esos nombres. ¡Aaaaaah!
Ten piedad, deja que me vaya,
déjame volver allí de donde he venido...

CARMEN. — ¡Eso, al País de Nunca Jamás!
¿A dónde vas a ir, fuera de aquí?
¡Has estado aquí treinta años,
y ahora, de pronto, quieres dejarnos!

ROSAURA. — ¿Quiénes sois vosotros?

CARMEN. — Oye, son las nueve de la mañana,
ya va siendo hora de que te despiertes
y retomes contacto con la realidad. ¡Ah! ¡Ah!

ROSAURA. — ¿La realidad? No sé nada de ella,
soy ajena a todo esto,

quiero marcharme,
quiero volver donde está mi lugar...

CARMEN. — Uf, estoy harta, Rosaura.
Ya está bien de esta historia...
Animo, sé fuerte, y si no te apetece despertarte
hazlo de todas maneras, como siempre lo has hecho,
y no nos toques tanto los cojones.

ROSAURA. — ¿Cómo te llamas?

CARMEN. — ¡Carmen! ¡Carmen! ¡Carmen!

ROSAURA. — ¡Qué hermosa eres! ¡Qué piel tan oscura, y sin
embargo transparente!

¡Qué elegante ese cabello salvaje
que te cae sobre los ojos!
Qué bonito ese vestido naranja
que apenas te cubre... Y este camastro,
con su estrecho colchón duro
y las viejas mantas grises
resecas de sudor y polvo...

CARMEN. — ¡Pues sí, somos unas pobres miserables, Rosaura,
qué se le va a hacer! Nuestro padre, antes
de convertirse en un borracho, trabajaba
de peón: y con la paga de un peón,
¿cómo pueden comer diez bocas?
Por suerte nuestros hermanos se marcharon:
no envían dinero, pero por lo menos
no se han quedado aquí para que se lo demos nosotros.

ROSAURA. — Entonces, ¿por qué no reconozco la tela
deshilachada de estas sábanas, el polvo reseco
de estas mantas? ¿O bien, si los reconozco,
es como si los hubiera tan sólo imaginado?

CARMEN. — Estúpida y mentirosa,
illevas treinta años durmiendo en ese catre!
Uf: ¡y encima quieres que yo también me vuelva loca!

No tenía que haberme puesto a discutir contigo, ¡y se acabó!

ROSAURA. — Toda la pobreza que hay aquí dentro no está en mis recuerdos...

ni en mis costumbres... no tiene nada que ver con mi vida...

CARMEN. — ¡Y dale!

La cabeza me da vueltas, y siento ganas de vomitar...
¡Si nos viese alguien, nos llevaría al manicomio!

Anda, trata de concentrarte... ¿Qué has soñado anoche?

ROSAURA. — No he soñado nada, porque ESTO es un sueño.

CARMEN. — De acuerdo, pero como yo sé que no es un sueño, porque soy tu hermana, y he vivido tu vida contigo, tienes que esforzarte, querida, en pensar que ésta es, en cambio, la realidad.

ROSAURA. — ¿Y por qué debería hacerlo?

CARMEN. — Por nada. ¡Hazlo por tu conciencia!

ROSAURA. — ¿Y cómo, si mi conciencia es la de la verdad?

CARMEN. Entonces finjamos un juego, loca, ¿quieres?..

ROSAURA. — ¿Un juego?

CARMEN. — Sí, finjamos que de verdad no reconoces este camastró donde despertaste esta mañana, ni a mí, tu hermana, ni esta casa, que en broma llamamos la Cloaca, ni todo lo demás...

ROSAURA. — ¿Y luego?

CARMEN. — Tú finge entonces que no sabes nada del mundo donde has despertado y vives; y yo fingiré tener que explicarte cómo están las cosas...

ROSAURA. — ¿Y todo eso por qué?

CARMEN. — Porque jamás vendrá nadie a liberarte, aunque

gritaras pidiendo socorro hasta mañana, hasta quedarte sin aliento.

¡Y yo no podré dejar de ser tu hermana, aunque lo negaras hasta morir!

Y tampoco estos muebles, esta casa, nuestro padre Cirlot, nuestra madre Agustina, nuestros hermanos emigrados a trabajar en las minas de Francia y Alemania.

Y entonces tú permanecerías así, ajena, chillando toda la vida. Por eso debes fingir,

y escuchar como en un juego todas las explicaciones que yo sobre esta vida te daré...

ROSAURA. — ¡Socorro, socorro! ¡Sacadme de aquí, liberadme de este miserable lugar, lleno de cosas sucias que no había visto jamás! ¡No quiero saber nada, no quiero aprender nada! Sólo quiero volver a donde estaba realmente.

CARMEN. — Bajo la mesa hay una palangana. Una palangana vieja, desconchada, con rayas de suciedad en el fondo, porque nunca la lavamos tras usarla. Debió comprarla nuestra madre, cuando aún éramos niñas; creo recordar, ah ah, que era verano como ahora, y hacía tanto calor que no te podías ni apoyar en las paredes de madera y chapa, porque abrasaban; el polvo ahí delante, en el solar del barrio, estaba inmóvil, ni un soplo de aire, la basura parecía llevar ahí toda la eternidad, ya ni siquiera se notaba su hedor; parecía que quien se había marchado no regresaría jamás. Pero en Agosto llegó el buhonero, con su carrito blanco de madera; llevaba un gorrito blanco en la cabeza, y cantaba con su megáfono; traía un montón de chucherías de plástico rojas, celestes, amarillas, verdes, colgadas del carrito,

y yo estaba enamorada de él, del vendedor ambulante,
con su rostro renegrido de joven gitano, que cantaba.
El te vendió a nuestra madre esa palanganá.
Lo primero que haces siempre cada mañana, mientras
esperas
a los clientes, es lavarte entre las piernas en esa pa-
langana
blanca desconchada. ¿Qué esperas? Lávate.

VIII EPISODIO

PABLO. — *(Desde fuera.)*

¡Soltadme, soltadme, malditos
"miembros normales"! ¡Soltadme!
¡No quiero entrar ahí!
¡Socorro! ¡No quiero entrar!

AMIGOS. — *(Desde fuera.)*

¡Entra! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!
¡Si no, o eres virgen o eres marica!
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Entra, estúpido!

PABLO. — *(Desde fuera.)*

¡No! ¡No! ¡No tengo ganas! ¡Soltadme!

AMIGOS. — *(Desde fuera.)*

¿No tienes ganas? ¿Te has hecho una paja hoy?
¡Peor para ti! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Animo!

*(Entra Pablo, al que empujan sus compañeros,
que vuelven a salir cerrando la puerta a sus
espaldas.)*

PABLO. — ¡Dejadme salir! ¡Abrid la puerta!
¡Dejadme salir!

AMIGOS. — *(Desde fuera.)*

¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Volveremos dentro de media hora!
¡Suerte! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

PABLO. — ¡Por favor, abridme! ¡Quiero salir!
¡Quiero irme con vosotros! ¡Por favor!

ROSAURA. — Como sigas así me vas a tirar la puerta.

PABLO. — Abridme, o cuando salga os váis
a enterar. ¡Dejadme salir de aquí!
¡Socorro! ¡Socorro!

ROSAURA. — ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

PABLO. — ¡Diles tú que me abran! ¡Te lo ruego,
díselo tú!

ROSAURA. — Vete a saber dónde habrán ido a parar,
el barrio de las chabolas es grande,
y en cada chabola vive una puta.

PABLO. — ¡Abre la puerta! ¡Abrela tú! Diles que no quieres,
que soy demasiado joven,
y que no puedes, ¡que te da miedo! ¡Por favor,
ayúdame, te pagaré de todos modos!

ROSAURA. — No tengo llave de la puerta.
→ ¿Qué te crees, que soy libre?
¿Y crees que si fuese libre estaría aquí?
La puerta sólo puede abrirse y cerrarse
desde fuera, por si quieres saberlo.

PABLO. — ¡Pero es que quiero marcharme! ¡No quiero estar
aquí con usted!

ROSAURA. — ¿Por qué? ¿Es que te doy miedo? ¿Te doy asco, eh?

PABLO. — Oh no, señora. Pero es que no quiero estar aquí
con usted.

ROSAURA. — ¿Y si fuese más joven y más guapa?

PABLO. — Ahora que la miro, veo que es joven,
¡y guapa también!

ROSAURA. — ¿Joven? ¡Si podría ser tu madre! ¡Y cómo voy
a ser guapa, si me paso aquí el día entero,
como una perra bien atada a su perrera!

PABLO. — Para mí es usted joven y guapa: pero no quiero...

ROSAURA. — Lo sé, lo sé, ¡ya lo he entendido! ¡Pues mejor!
¡Mucho mejor para mí! Y además,
¿no dijiste que quieres pagarme de todos modos?

PABLO. — Sí, ¿cuánto le debo?

ROSAURA. — Mi precio es de diez pesetas.

PABLO. — Aquí están. Tome... Perdona...

ROSAURA. — Gracias. ¿Cuántos años tienes?

PABLO. — Hoy cumplo dieciséis.

ROSAURA. — Ah, es por eso entonces...

PABLO. — ¡Sí, esos cobardes! Pero cuando salga
¡se van a enterar!

ROSAURA. — ¿Qué piensas hacerles?

PABLO. — ¡Romperles la cara, a esos "miembros normales"!

ROSAURA. — ¿Por qué los llamas así?

PABLO. — No lo entenderías.

ROSAURA. — ¡No presumas, ahora! "No lo entenderías"...
¿Quién te has creído que eres?

PABLO. — ¡Uno como ellos, desde luego que no!

ROSAURA. — No está bien ser distinto de los demás.

PABLO. — ¡Todo lo contrario! Es hermoso: ¡y se van a enterar!

ROSAURA. — ¿Te trajeron aquí para... desvirgarte?
¿Nunca has estado con una mujer? ¡Ah! ¡Ah!

PABLO. — ¡Pschht! ¡Tengo todas las mujeres que quiera!
Diez veces más que ellos. Por eso
les da rabia, y me gastan estas bromas.

ROSAURA. — ¡Diez veces más que ellos! ¡Anda, a contárselo
a otra!

PABLO. — ¡No me tomes el pelo! Todas mis compañeras de
colegio
están coladas por mí, y los otros chicos me tienen en-
vidia.

ROSAURA. — Vamos a ver, señor Don Juan, ¿y por qué
todas tus compañeras de colegio
iban a estar enamoradas de ti?

PABLO. — Porque sí.

ROSAURA. — Veamos: ojitos castaños que no están mal.
Sabrosos. Mitad rabiosos y mitad dulces.
Nariz algo chatilla: no demasiado bonita,
pero de forma graciosa. Ni un solo pelo de barba,
o apenas un velo sobre los labios. Y los labios
de pececillo, con el labio superior carnoso
que sobresale hacia fuera. No pareces un señorito,
ahora que te miro mejor...
Tienes cara de pobre, como los jovencitos
que tenemos aquí, en Can Mulet.
Sólo que tú te peinas un poco más serio.
Qué pelillo tan bonito tienes: castaño dorado.
Bueno, sí, en fin, puede ser que tus compañeras
estén coladas por ti. Pero habrá otros,
quizá mejores que tú... ¿Qué tal andas de entrepier-
na? ¡Ah ah!

PABLO. — ¡Es asunto mío!

ROSAURA. — ¡Te haces el digno y el ofendido, pero
te pones colorado como un crío de diez años!

PABLO. — Es que me haces cada pregunta...

ROSAURA. — ¿Y qué pregunta quieres que haga una puta?

PABLO. — ¡Pero tú no eres una puta!

ROSAURA. — ¡Oye! ¡Y ahora qué te pasa! ¿A qué viene ese aire
inspirado y confidencial? ¿Qué se te ha escapado?
¿No me habrás hecho un cumplido?!

PABLO. — No, yo no hago cumplidos.

ROSAURA. — ¡Muy bien! ¡Quien hace cumplidos no tiene
sentido!

Pero entonces, ¿de qué hablas con tus compañeras
—que están todas enamoradas de ti?

PABLO. — Pues de cosas serias.

ROSAURA. — ¿Y nunca has hecho... nada con ellas?

PABLO. — ¡No es asunto tuyo!

ROSAURA. — ¡No vuelvas a enfadarte!
No es ninguna ofensa. Sólo quería preguntarte
si has hecho el amor con ellas.
¿Sabes por lo menos cómo es una mujer?

PABLO. — ¡Eres estúpida y vulgar, como todas las putas!

ROSAURA. — ¡Pues claro! ¿Por qué iba a ser diferente?

PABLO. — Porque, por si no lo sabes, hasta una puta tiene
el derecho
de ser diferente de las otras putas. ←

ROSAURA. — ¡Oye! ¡Oye! ¡Calma! ¿Será posible que siempre
que abres la boca, tengas que ruborizarte y hablar
como si quisieras pegar a quien no esté de acuerdo?

PABLO. — ¡Porque nunca nadie está de acuerdo conmigo!

ROSAURA. — ¿Cómo te llamas?

PABLO. — ¿Yo? Pablo.

ROSAURA. — ¡Pablito!

PABLO. — ¿Y... tú?

ROSAURA. — Yo Rosaura. ¡Rosaura la Loca, encantada!

PABLO. — Encantado...

ROSAURA. — Eres rico, ¿verdad?

PABLO. — Los míos lo son.

ROSAURA. — ¿Los tuyos?

PABLO. — Sí: no soy un hijo de verdad.

ROSAURA. — Pero sigues siendo rico.

PABLO. — Me importa un bledo.

ROSAURA. — ¿No te gusta la riqueza?

PABLO. — No.

ROSAURA. — Pero vas al colegio, y los que van al colegio son ricos aunque no tengan dinero.

PABLO. — ¿Quién te ha dicho esa verdad?

ROSAURA. — Se me ha ocurrido a mí. ¿Tú qué te has creído?

→ PABLO. — Pues tienes razón. He decidido mi destino.
¡Drop out!

ROSAURA. — ¿Dropout qué?

PABLO. — Sí, ya lo sé, suena algo extraña esta palabra americana, tan inteligente, entre las palabras de la lengua española, tan sonoras y quejumbrosas.

ROSAURA. — ¡No hables en plan difícil conmigo! No es mi estilo.

PABLO. — ¡Sí que lo es!

ROSAURA. — ¿Pues entonces que es eso de "dropout"?

PABLO. — Que voy y dejo el colegio.

ROSAURA. — ¿Y tu familia?

PABLO. — También la dejo.

ROSAURA. — ¿Y a dónde te vas?

PABLO. — No lo sé.

ROSAURA. — ¿Y qué piensas hacer?

PABLO. — No lo sé.

ROSAURA. — ¡Por eso vienes a este barrio!

¡Sientes nostalgia de quien no tiene nada!

PABLO. — Sí, vengo a menudo por aquí.

Me gusta el cementerio de Barcelona,
más que los palacios de la Avenida de la Falange: porque
detrás

está el mar. Y se ven los barcos quietos, listos
para zarpar lejos de aquí.

Y pegado a las tapias del cementerio
está el barrio de chabolas donde vivís vosotros.

ROSAURA. — ¿Quiénes somos nosotros?

PABLO. — Sois los marginados.

ROSAURA. — Andaluces casi todos.

PABLO. — Sí, tenéis los ojos demasiado negros,
y un carácter gitano: sois
demasiado morenos y demasiado pobres.

ROSAURA. — ¿Y por eso somos marginados?

PABLO. — Marginados y hacinados todos juntos. Sólo falta
que vengan aquí a colocar un uniforme:
como en un campo de concentración, un manicomio o
una cárcel.

ROSAURA. — Eso no es de tu cosecha.

PABLO. — ¡Estúpida! ¿Qué más da?

ROSAURA. — ¿Y por qué hablas?

PABLO. — Porque tú eres “drop out”, y no lo sabes.

ROSAURA. — ¿Y qué importa saberlo?

PABLO. — ¡Nada! Es lo que le digo siempre a Velázquez.

ROSAURA. — ¿Quién es ese Velázquez?

PABLO. — Es asunto mío.

ROSAURA. — Siempre que dices “es asunto mío” significa que ocultas algo que te avergüenza.

PABLO. — Yo no me avergüenzo de nada.

ROSAURA. — Pues dime entonces quién es ese Velázquez.

PABLO. — ¿Crees que tengo miedo? Es uno que quiere mucho a los chicos.

ROSAURA. — ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ahora comprendo por qué no haces nada con tus compañeras!
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

PABLO. — ¡Eres estúpida, ignorante y vulgar!

ROSAURA. — ¡Sólo Velázquez, ahora lo entiendo, tiene el derecho

de quitarle el precinto a tus lindos pantalones!
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

PABLO. — Te doy mi palabra de honor de que no hago nada malo con mi amigo Velázquez.

Es como Sócrates con los jóvenes Atenienses.
Y de hecho ahora está en la cárcel.../como tú.

ROSAURA. — ¿Como yo? ¿Y yo qué tengo que ver?

PABLO. — El barrio de chabolas de Can Mulet y la Cárcel de Granátula, ¿no son acaso lo mismo? Tú y él

no sois más que números, porque vuestra realidad representa una amenaza para la sociedad española.

ROSAURA. — ¿Y tú qué tienes contra España?

PABLO. — Tengo el odio que tú deberías sentir, y que me enseñó Velázquez.

ROSAURA. — ¡Con lo jovencillo que eres!

PABLO. — ¡Tengo dieciséis años!

ROSAURA. — ¿Y por qué quieres convertirte también en uno de nosotros, un marica, un andaluz, una puta?

PABLO. — Porque amar demasiado a tu madre cuando eres niño, o nacer en Andalucía, o también obligar a hacer el amor a un joven que luego paga y se va, son hechos que, una vez ocurridos, no puedes borrar: y así puedes incluso comprender algo...

ROSAURA. — ¿Así que tú has comprendido, y te has convertido a tu vez en un peligro?

PABLO. — Sí, pero lo seré aún más cuando quiera serlo.

ROSAURA. — ¿Cómo?

PABLO. — Mis amigos, con sus bromas, hacen ya contra mí lo que querrían hacer los Españoles mayores: burlarse de mí, colgarme del pecho un cartel que dice: “Virgen, marica o bastardo”, liberando así su conciencia...

ROSAURA. — ¿Y tu amigo Velázquez en cambio se encuentra en prisión por no querer liberar su conciencia?

PABLO. — Velázquez está en prisión por tener un cuerpo.

ROSAURA. — ¿Un cuerpo?

PABLO. — Un cuerpo. Como tú. Tú estás aquí porque tienes un cuerpo.

Sin cuerpo no existiría vergüenza; sufrimiento y muerte, y no habría pues expiación.

¡Nosotros somos los chivos expiatorios! Y a la antigua usanza, porque estamos en una España estúpida y llorona.

ROSAURA. — ¡Ah, qué palabras quedaban por oír bajo las tapias del cementerio de Barcelona!

PABLO. — ¿Por qué me miras de ese modo!

ROSAURA. — ¡Estúpido! ¡Porque me estoy enamorando de ti.

PABLO. — ¡Te lo he dicho! ¡Antes o después volveré, y te demostraré si soy o no un hombre!

ROSAURA. — Entonces, ¿por qué andas detrás de ese Velázquez?

PABLO. — ¡Yo no ando detrás de ningún Velázquez! Y no porque Velázquez es homosexual, y me ama: ¡sino porque Velázquez es un líder!

ROSAURA. — ¡Te lo he dicho! No emplees esas palabras conmigo: ¡me ofendo fácilmente, para que te enteres!

PABLO. — Líder, en nuestra española lengua española se traduce como jefe. Y ha sido él quien me ha enseñado que en el mundo hay “miembros normales”, “marginados” y “líders”...

ROSAURA. — ¡Vaya descubrimiento!

PABLO. — ¡Pues yo, para descubrirlo, he tenido que recorrer caminos complicados y difíciles! Los mejores entre mis compañeros, esos malditos “miembros normales” leen, polemizando

con sus maestros, a Calderón y a Unamuno, a Machado o a Alberti: ¡son estas las maravillosas lecturas de los dieciséis años! Yo en cambio he leído los “Grundriss” al viejo Lewin, al joven Haydín, a Marcuse, Malcolm X, Obi Egbuna, Carmichael y a San Francisco Oracles.

ROSAURA. — ¡Uf, deja de presumir tanto!

PABLO. — ¡Si no presumo! Por el contrario, te pido consejo.

ROSAURA. — ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

PABLO. — ¿No has dicho antes que te estás enamorando de mí?

ROSAURA. — ¡Eso lo digo yo! Tú a callar.

PABLO. — Pues escucha: todo “liderazgo es fascista”. Imagínate: hasta Gandhi, cuando fue presidente de la India, fue fascista.

ROSAURA. — ¿Lo dices en serio? ¡Ah! ¡Ah!

PABLO. — No te pongas en plan Sancho Panza: no estamos interpretando un autosacramental, en esta chabola.

ROSAURA. — ¡Sigue!

PABLO. — Los “miembros normales” son los “miembros normales”: a ellos, en el mejor de los casos, les basta con un fascismo democrático.

Quedan los “marginados”: tú, Velázquez, los Negros, los locos, los delincuentes, los andaluces. ¿Qué deben hacer?

En España no se sabe nada: pero ésta es la pregunta que resuena ahora, con urgencia, en el mundo.

ROSAURA. — ¿Y me lo vienes a preguntar a mí? Yo sólo sé que estamos en el verano de 1967, y ni siquiera sé el día o el mes.

PABLO. — Sí, porque tú estás marginada como pobre,
y marginada también como puta.

Como pobre, se te niega entre los negados,
como puta, hasta los negados te niegan.

ROSAURA. — ¡Virgen de Guadalupe, ayúdame!

PABLO. — Y yo mismo, lector de una larga historia blanca,
o apenas oscurecida, objetivo la culpa,
por hábito, en cuerpos vivos inferiores, asignándoles
el campo. Los reconozco sólo si están muertos:
a través de la piedad (mi gran privilegio).
Me reconozco hermano del Negro con el cuello roto,
o del Vietnamita menudo como un feto abrasado por
el napalm.

¿Cómo? ¿No te has dado cuenta de que te he gritado,
antes:

“Eres estúpida y vulgar *como todas las putas*”?

ROSAURA. — ¡Oh, no te preocupes, no importa!
Estoy acostumbrada...

PABLO. — ¡Claro, es eso, pobre Rosaura, con tus primeras
arrugas
en tu carita de niña, pobre perra amable!
¡Perdona que te hable así, pero me siento más viejo que tú!

ROSAURA. — Tú eres un hombre... Un hombre encantador aún,
con sus ojillos marrones y el mechón dorado
y los pantalones immaculados repletos de amor hasta el
borde...

PABLO. — ¿Lo ves? ¡Aceptas tu inferioridad también como
mujer!
¡Y yo que, como un estúpido, casi ni me daba cuenta!
¡Es cierto que la integración se identifica con el destino!
Los pobres marginados a tu alrededor, y yo mismo, mar-
ginado

voluntario, ite empujamos a un destierro dentro del
destierro!

ROSAURA. — ¡Paciencia, qué le vamos a hacer!

PABLO. — ¿Paciencia? Velázquez decía que la potencia de las
flores

era una aceptación de la potencia de las armas.
Aceptando que nos marginen —decía— confirmamos
la voluntad de marginar de la mayoría.
Y tenía razón... ¿Pero acaso tenía también razón
cuando decía que Detroit es una nueva Bastilla,
y una nueva conquista del Palacio de Invierno?
¿Que los marginados deben arrojar las flores y tomar las
armas?

ROSAURA. — Estaba un poco chiflado, pero siguiendo su ra-
zonamiento,
yo creo que tenía razón.

PABLO. — ¡No, en cambio! ¡Ese es el punto! No tenía razón:
porque hasta entre los marginados hay marginados.

AMIGOS. (Desde fuera.)

¡Pablo, Pablo! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

PABLO. — Ahí están, ya vienen...

ROSAURA. — ¡Oh Dios! ¡Ya tienes que marcharte!

PABLO. — Sí, vienen a buscarme.
¡Se acabó nuestra Conferencia!

ROSAURA. — Diré que has cumplido, que eres un buen soldado,
iy que la tienes hermosa y grande!

PABLO. — No, no les dirás nada de nada.

ROSAURA. — ¡Amor mío! ¡Me duele el corazón al dejarte!

PABLO. — Volveré alguna vez, ya te lo he dicho.

ROSAURA. — ¿De veras? No te creo...

PABLO. — ¡Sí! Volveré.

ROSAURA. — ¡Pablito! Dame tu palabra.

Porque, sabes, yo estoy aquí sola, desesperada,
y no sé dónde vives, a dónde vas, no puedo hacer nada.

AMIGOS. *(Desde fuera.)*

¡Pablo! ¡Pablo! ¿Has acabado? ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

PABLO. — ¡Tengo que irme! ¡Adiós!

ROSAURA. — ¡Adiós!

PABLO. — ¡Adiós!

IX EPISODIO

CARMEN. — Oye, Rosaura, dime si es verdad
que has estado con un muchacho rico...

ROSAURA. — ¿Y qué?

CARMEN. — De una familia apellidada Ortega y Frías...

ROSAURA. — Nunca he oído ese apellido.

CARMEN. — Pero el nombre del chico, sí: se llama Pablo.

ROSAURA. — ¿Y qué?

CARMEN. — Espera: quiero asegurarme.

Era un chico con los ojos... ¿de qué color?

ROSAURA. — ¡Castaños!

CARMEN. — ¿Y el pelo?

ROSAURA. — ¡Pelillo castaño con un mechón dorado!

CARMEN. — ¿Alto?

ROSAURA. — No mucho: sólo tenía dieciséis años.

CARMEN. — ¿Y cómo iba vestido?

ROSAURA. — Llevaba unos pantalones color avellana, con las
tapas.

de los bolsillos traseros muy grandes,
sin cinturón, y con la bragueta bien planchada;
y encima un jersey blanco que le quedaba algo ancho
y se le caía por todas partes, con un desorden tan bonito
que daban ganas de colocarlo un poco en su sitio...
Pero luego ni te atrevías a tocarle,
porque le sentaba bien así.

CARMEN. — ¿Era un estudiante?

ROSAURA. (*Silba.*) ¡Que si era estudiante!
¡Más bien un profesor, eso es lo que era! ¡Un filósofo!

CARMEN. — ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

ROSAURA. — ¿De qué ríes como una loca?

CARMEN. — ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

ROSAURA. — ¿Se puede saber de qué te ríes?

CARMEN. — ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¿Y habéis hecho el amor?

ROSAURA. — ¡Pues claro!

CARMEN. — ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¿De verdad lo habéis hecho?

ROSAURA. — ¿Qué te crees, que no sabía?
¡Era un buen soldado, vaya si lo era!
¡Tenías que haber visto cómo galopaba!

CARMEN. — ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

ROSAURA. — ¿No te lo crees? ¡Imbécil! ¡Tenía un instrumento
así de largo, duro como una espada y tierno como una flor!
¡Sabía a azafrán, y al tocarlo parecía de seda!

CARMEN. — ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

ROSAURA. — ¡Pero de qué te ríes! ¡Si no me he
enamorado de él! ¡Menuda soy yo!

CARMEN. — ¡Sólo faltaba que te hubieras enamorado!

ROSAURA. — Bueno, un poco enamorada sí estoy, ¿qué tiene
de malo?

CARMEN. — ¡Que la Virgen de Guadalupe te proteja!

ROSAURA. — ¿Estás loca?

CARMEN. — ¿Y no ha vuelto a verte?

ROSAURA. — Me lo prometió. Me dio su palabra de honor.

CARMEN. — ¿Y estás segura de que volverá?

ROSAURA. — ¡Seguro! ¿Por qué no iba a volver?
¡El que ha estado conmigo una vez, siempre vuelve!

CARMEN. — ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!
¡Te lo has trabajado a fondo!

ROSAURA. — ¡No empieces a reírte otra vez!

CARMEN. — ¡Ay Dios! ¿Y ahora empiezas a lloriquear?
¡Sí, sí, te cae una lágrima de los ojos!

ROSAURA. — Si no lloro, estúpida, no lloro. Sólo que...
¡sentiría que no volviera!

CARMEN. — ¡Así que te has enamorado de ese chiquillo!
¡Se te ha clavado en el corazón como un cuchillo!

ROSAURA. — Sí, ¿qué tiene de malo? ¿Nunca te has enamorado?

CARMEN. — ¡Ya lo creo! Pero no... pero no... pero no...
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

ROSAURA. — ¿Pero no qué? Ya lo sé, es estudiante,
su familia es rica, aunque él no quiere saber nada de ellos;
y llegará a ser un gran hombre, famoso...
figúrate, figúrate si se acordará de mí...

CARMEN. — ¡Ojalá no hubiese venido nunca aquí, ojalá no
hubiese acabado,
pobre muchacho, sobre ese viejo vientre!

ROSAURA. — ¿Por qué dices eso? El me encontraba guapa,

y me trataba como si él hubiera sido el mayor...
Estaba tan guapo con esos pantalones color avellana,
tan ajustados, casi indecentes
¡y al mismo tiempo tan llenos de vergüenza!
Estoy deseando que vuelva. Pero no volverá...

CARMEN. — ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

ROSAURA. — Y por favor, deja ya de reírte...
Sí, sí, ya sé que no volverá...

CARMEN. — ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Deja que me ría ahora,
porque cuando sepas... ¡Nada de risas! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

X EPISODIO

BASILIO. — El salón está vacío: todos se han
repartido por el palacio. También ella,
la Basilisa. Las niñas (se las oye)
juegan en el jardín con las Guardadamas;
Nicolasio Pertusato, el enano,
estará haciendo reír a alguien en cualquier sitio;
y asimismo doña Marcela de Ulloa... Estoy aquí solo,
reflejado en el espejo. Quizás, reflejado a su vez
aquí dentro, esté conmigo el Autor.
Justa soledad. Necesitaba
recogerme un poco conmigo mismo.
¡Melainos! ¡Leucos!

MELAINOS. — Aquí estamos, Señor.

LEUCOS. — Dínos qué debemos hacer.

BASILIO. — Debéis volver allí.

MELAINOS. — ¿Dónde, Señor?

BASILIO. — Donde estuvisteis la última vez.

LEUCOS. — En Can Mulet, entonces.

BASILIO. — Sí, creo que se llama así, ese lugar
bajo las murallas del cementerio de Barcelona.

MELAINOS. — Suponemos que a la chabola del viejo Basilio
Cirlot.

BASILIO. — Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

LEUCOS. — ¡Claro, señor!

BASILIO. — ¡Ya es tiempo! No es, por cierto, la sucesividad
lo que importa;

sino el sentido, que tan a menudo no es cronológico:
aún así, aquellos niños que hace unos quince años
correteaban por las calles de Can Mulet,
o por la gran avenida de los Mártires de la Falange
—inseguros sobre sus piernas, dispuestos a refugiarse
todos enteros con sus carnecillas de dulce plomo,
en los brazos de una débil mujer, la madre—
ahora tienen veinte años. ¡Ya es tiempo! Debe
repetirse el rito. Sin duda recodaréis las calles,
las mismas que han recorrido mil veces vuestros pies
de fieles sicarios: y sin embargo...

Esta vez el plazo cae en una época
del todo nueva, sin equivalentes en el Pasado.
Quién hubiera dicho que aquellos chiquillos
alborotadores, agarrados a las faldas de las antiguas
madres

aún adolescentes... En ellos se cumple el tránsito.
La novedad, repito, es total. No sé, el que duerme,
sobre qué mundo abrirá esta vez los ojos.

LEUCOS. — Antes o después lo sabrás.

MELAINOS. — Mientras tanto hagamos lo que debemos hacer.

BASILIO. — Lo que me pregunto es si aún valdrá la ley
de la mayor duración del amor sobre el sueño;
si se perpetuará aún
algo continuo de sueño en sueño;
y qué recabará el Poder que me ha sido dado
de la ilusión de una nueva vida.
Id pues, mi buen Melainos, mi buen Leucos,

id a cortar los nudos de la existencia
distribuyendo en medida perfectamente igual
oscuridad y luz, dolor y gozo. Id
a Can Mulet, sin el aire astuto de los hermosos delin-
cuentes,

ni tampoco el serio de los jóvenes de buena familia.
Rosaura está allí, en su chabola, aguardando
una visita; y está a punto de saber
la nueva revelación. Vuestro nombre
común es el de Salvador: haced pues el bien
haciendo el mal, y el mal haciendo el bien.
Que se repita el antiguo, el clásico mecanismo.
Pero yo mismo, el Rey, en la soledad de este
salón, deberé interrogarme a fondo
para conocer cuál es mi verdadera nueva voluntad.

XI EPISODIO

ROSAURA. – Buenos días, señor cura... ¿Cómo usted por aquí?

CURA. – ¡Ejem! ¡Ejem!

No estoy aquí para visitar a... la Magdalena:
sino a Rosaura Cirlot, mi feligresa.

ROSAURA. – ¿Quiere enviarme a la cárcel?

Le advierto que los guardias civiles ya han venido:
¡y lo han encontrado todo bien! ¡Todo en orden!

CURA. – No lo dudo, Rosaura. Pero tiene usted los ojos enrojecidos.

ROSAURA. – Estoy acatarrada.

CURA. – Estamos en Agosto, y en las chabolas de Can Mulet,
que las tapias del Cementerio resguardan del viento del
Norte,

hace más calor que en el más profundo infierno.
Por eso las mujeres andaluzas cantan todo el día,
mirando al mar, que toma el tinte del fuego.
Debe usted ser la única que está acatarrada.

ROSAURA. – Me lo ha pegado un marinero que venía de
Islandia.

CURA. — A base de mentiras, llegaremos al Polo Norte,
o quizás a Rusia...

ROSAURA. — ¡Soy una buena cristiana!

CURA. — ¡Ahora, como la he cogido en un renuncio,
no se haga la ofendida, y no pase al contrataque!
He venido sólo para ayudarla, Rosaura:
y sabe bien que es más difícil ayudar
que ser ayudado...

ROSAURA. — La verdad es que estoy bien así como estoy.

CURA. — ¿Y esos ojos rojos?

ROSAURA. — Es asunto mío.

CURA. — Bien, pues como lo que tengo que decirle
está relacionado con sus ojos rojos,
la ayudaré aunque no quiera.

ROSAURA. — Está bien, ayúdeme. Pero luego no se espere que
le dé las gracias.

Y diré la verdad sólo si me conviene.

CURA. — Bien. Pero antes quiero hacerte un preámbulo.

No soy un cura como tú crees.

No tengo nada que ver con los guardias civiles.

Para concluir mi discurso, no te diré que te arrepientas,
ni te obligaré a tomar decisiones según mi gusto.

Nosotros somos dos enemigos, Rosaura. Al contrario que
Carmen,

que en cambio se declara muy amiga mía,
y no falta jamás a los oficios de mi iglesia.

Entonces, al ser enemigos, no tenemos obligaciones
recíprocas.

ROSAURA. — La razón siempre la lleva usted:
al no poder engañarme a las malas, lo hace por las buenas.

CURA. — Está bien, está bien, al fin y al cabo soy un cura, qué
le vamos a hacer,
y, como tal, quiero “engañarte”. Pero por una casualidad
que ciertamente no es la única, en una España poblada
por millones de falsos cristianos, soberbios e hipócritas,
charlatanes y llorones, y por miles de curas
que les siguen el juego, has dado con uno
que, en este agosto del 67, mira más hacia Roma
que hacia Madrid. Dirás: ¿pero es que me van a tocar
todas a mí
las personas así? Hay cuatro gatos antifranquistas,
en España, y vienen todos a parar aquí... ¿a ayudarme?
El caso es que tú atraes a las almas hermosas
como la miel a las moscas: donde tú estás, el Orden
se tambalea, y los Caudillos se quedan con un palmo de
narices.

ROSAURA. — Comprendo, comprendo: dígame lo que tiene que
decirme.

CURA. — Carmen ha venido a verme y me ha dicho
que el otro día tú has... ejem...

ROSAURA. — Vamos, dígalo: hecho el amor, ¿o es que le da
vergüenza?

CURA. — Bueno, te repito que al fin y al cabo soy cura, y he
sufrido
mis traumas... iy, lógicamente, tengo una educación
católica!

En fin, que has hecho el amor con un tal
Pablo Ortega y Frías, estudiante del colegio “Segura”...

ROSAURA. — ¿Y qué?

CURA. — ¿Te conviene o no te conviene, entonces, decir la
verdad?

ROSAURA. — Sí, sí, me conviene. Es verdad, he hecho el amor
con él.

CURA. — Así que tienes los ojos rojos... porque él no vuelve...

ROSAURA. — Eso no tiene nada que ver...

CURA. — Pues sí, porque si te ha convenido confirmarme lo que ha dicho Carmen, es porque esperas que te traiga noticias de él...

ROSAURA. — Sí, me paso el día llorando, porque no vuelve.

CURA. — He venido a darte una noticia que te dará mucha alegría y mucho dolor: ambas cosas se anularán la una a la otra, y así te quedarás muda, sumida en una gran confusión, creo yo, pobre Rosaura. Y por eso necesitas ayuda.

ROSAURA. — Déme esa noticia.

CURA. — No es por su propia voluntad, por lo que Pablo no vuelve.

ROSAURA. — Está bien, me basta con eso, me basta con saber que él querría venir, yo ya sabía que iba a tener que conformarme con poco, y aunque este poco sea casi nada, me basta!

CURA. — En efecto, Carmen afirma que lo amas mucho, realmente mucho.

ROSAURA. — ¿Por qué me lo dice con esa expresión tan triste? ¡Ahora estoy tan contenta, que podría bailar de felicidad!

CURA. — Te he dicho que sentirías una gran alegría... pero también un gran dolor... Pero antes...

ROSAURA. — ¿Qué, vamos, qué?

CURA. — ¿Realmente has hecho... el amor con él?

ROSAURA. — ¡Sí! ¡Claro! ¿Por quién lo ha tomado? ¡Es un verdadero hombre!

CURA. — Lo sé. Pero piénsate bien si te conviene o no decirme toda la verdad...

ROSAURA. — No. No hemos hecho el amor en absoluto...

CURA. — ¿Pero si volviese, y esta vez te pidiese que hicieras el amor con él, lo harías?

ROSAURA. — ¡Claro que lo haría! ¡Y sin pedirle un céntimo! Lo haría gratis siempre que él quisiera, e incluso le pagaría yo a él, si lo necesitara...

CURA. — Ya se sabe, los hijos de los ricos a menudo no llevan encima

ni una peseta. ¡Son muy morales, los ricos!

ROSAURA. — ¡Pero él es distinto!

CURA. — Sí, es distinto. Pero si por fin volviera (que no volverá) tú, por el contrario, no deberás hacer el amor con él.

ROSAURA. — ¿Y por qué?

CURA. — Mi historia, terrible como una fábula, comienza hace dieciséis años. ¿Recuerdas?

ROSAURA. — No, no recuerdo.

CURA. — Eras una niña, como suele decirse tontamente, cuando conociste a Segismundo, apodado El Hijo, que tenía veinte años, y acabó después en La Granátula, directamente desde el cuartel: y ahora está allí, con la cabeza afeitada y el cuerpo surcado por marcas y cicatrices. Pero aún no había matado a nadie, y aún no había intentado matarse, cuando te hizo un hijo.

Un hijo varón, de ojos castaños y pelillo castaño. Casi ni lo viste, ni siquiera tuviste tiempo de saber cómo se llamaba. En los barrios de chabolas, entre el barro y el polvo, bajo techumbres de chapa —entre paredes hechas de fondos

de cajas viejas y arpilleras embreadas—
nacen criaturas

de una dulzura y una timidez propias de corderos o de palomas:

realmente creo que tú eres una de esas criaturas.

No es tuyo el mérito, pues dulzura y timidez son pasivas, en ti, te convierten en un cándido animal que no reacciona, y abandona su bondad en/manos de esa nada que todo lo devora.

Pero yo, repito, no quiero enjuiciar ni tu bien ni tu mal: sólo digo lo que es...

Has sufrido la violencia de un muchacho, sin odiarle.

Has tenido un hijo y lo has perdido, sin protestar.

Has llorado, en silencio, sin molestar a nadie.

Luego poco a poco lo has olvidado todo, sin avergonzarte.

Peró en los mismos lugares donde nacen criaturas como tú,

destinadas a un bien que no se puede premiar, nacen, y cómo, criaturas destinadas a un mal que, a su vez, no se puede condenar.

Ahora tampoco quiero emitir juicios:

tu madre, tu hermana saben cometer acciones malvadas, eso es todo. Se defienden, las pobres, con uñas y dientes. En conclusión, tú, en todos estos años,

has creído que habías perdido a un hijo —según el destino de las madres miserables. Tu hijo, en cambio, ha vivido en una hermosa mansión en la calle más hermosa

de Barcelona —dedicada a los Mártires de la Falange!

Allí ha vivido, pues, como viven

los que habitan en esos palacios: como ricos, como poderosos.

A los señores que lo adoptaron, tu madre y tu hermana les piden dinero: ¡no demasiado!

No llevan las pretensiones de su (por así llamarlo) chantaje, más allá de la módica cifra de unos miles de pesetas:

pero siempre han temido que tú, enterándote, no lo permitieras, y con tu inoportunidad les estropearas tan hermoso plan.

Así que han seguido paso a paso la vida de Pablo; no lo han perdido de vista ni un solo día; y han acudido precisamente a mí, ahora que tú le has conocido.

XII EPISODIO

ROSAURA. — Dios mío, ¿dónde estoy?

AGUSTINA. — Pues donde vas a estar... ¡en tu cama!

ROSAURA. — ¿Esta es mi cama?

AGUSTINA. — Tu cama, ¿no la reconoces?

ROSAURA. — No, jamás la había visto antes...

AGUSTINA. — No bromees así, Rosaura, tan de mañana.

ROSAURA. — ¿Y tú quién eres?

AGUSTINA. — Pero... Rosaura... ¡Soy Agustina, tu hermana Agustina!

ROSAURA. — ¡¡Mi hermana!!

AGUSTINA. — Pero, ¿qué te ocurre?

ROSAURA. — ¡Socorro, socorro! Por piedad, socorro, qué me ocurre, sacadme de aquí, sacadme...

AGUSTINA. — Pero qué cosas dices, Rosaura, ¿dónde quieres ir, por qué te quieres marchar?

ROSAURA. — ¡Socorro! ¡Socorro! Jamás te había visto antes.
¿Quién eres?

Vete de aquí, vete, jamás te había visto,
me das miedo, eres un espectro, jamás había visto
esos ojos, esa boca, esos cabellos,
ese rostro sobre el mío... Vete,
no me abracés, no me toques... ¡Socorro, socorro!

AGUSTINA. — Me asustas, Rosaura... Dime,
¿qué te ha ocurrido esta noche?

ROSAURA. — ¿Esta noche? ¡Dios! Pero si yo ayer no estaba aquí,
jamás había estado, no reconozco nada
de lo que hay aquí... ¡Aaaaaaaaaaaaaah!

AGUSTINA. — Anoche estabas aquí, en esta casa, conmigo,
con tu marido, con tus hijos...

ROSAURA. — ¿Mi marido? ¿Mis hijos?
¡Jamás los he visto, no les conozco!

AGUSTINA. — Rosaura, te lo digo llorando,
¡despierta, despierta!

ROSAURA. — ¿Que me despierte? ¡Pero si ESTO es un sueño!

AGUSTINA. — No cierres los ojos, ahora...

No te dejes caer como una muerta sobre las sábanas...

No te vuelvas muda y sorda...

Es un día como cualquier otro, Rosaura,
y tú ya te has despertado, como siempre,
a las ocho de la mañana;

nadie te ha dado somníferos,

¡nadie te ha aplicado éter en la cara!

Abre los ojos, habla...

¿Qué significa esta huelga de sueño

contra mí, tu inofensiva hermana,

tu copia, que no te quiere ni demasiado mal ni dema-
siado bien?

Sacúdete, Rosaura, esto
no es ni sueño ni desmayo,
es tan sólo una ingenua maniobra para no hablar...

ROSAURA. — ¡Aaaaah! ¿Qué ha ocurrido?

AGUSTINA. — Te has despertado y luego te has vuelto a dormir
en seguida...

Y... en ese breve despertar
has dicho que no reconocías nada.

ROSAURA. — ¿Eso he dicho?

AGUSTINA. — Sí, y hasta me has asustado.

ROSAURA. — Oh Dios mío, ¿qué me habrá dado?
¿Y qué más decía?

AGUSTINA. — No querías hablar.

ROSAURA. — ¡No reconocía el mundo y no quería hablar!

AGUSTINA. — Puede que hayas tenido uno de esos sueños que
sueles tener...

El del halcón que vuela sobre España
sobre los pedazos amarillos y los amarillentos
de los grandes campos marchitos por el verano,
surcados por largos caminos morenos
que van de uno a otro pueblo, cada uno (dices)
con forma de vulva, con las iglesias y palacios de los
Virreyes;

y tras haber sobrevolado largo tiempo la espalda
de nuestra gran Madre Muda
calcinada por los áridos soles que no la miran,
se arroja sobre ti, y con el pico te quiebra,
dentro de la boca, los pequeños dientes de coral...
O bien ese sueño en el que un gatito marrón
maúlla inmóvil hacia el mar
en cuyo fondo yaces anclada. Después se aleja
bordeando la tapia de un cementerio, entre tugurios.

ROSAURA. — No, no he tenido ninguno de esos sueños:
ha sido otro, nuevo, pero no lo recuerdo.

AGUSTINA. — ¡Recuérdalo!

ROSAURA. — ¡No puedo!
¿Dónde están los niños?

AGUSTINA. — En el colegio: hay huelga de tranvías
(España se mueve), y el abuelo los ha llamado antes.

ROSAURA. — La pluma de Carmen estaba arrugada...

AGUSTINA. — ¿Cómo?

ROSAURA. — Y el delantal de Carlos no tenía punta.

AGUSTINA. — No entiendo de qué me hablas.

ROSAURA. — Y además estoy segura de que mi padre
no se habrá fijado si los pies brillaban;
está acostumbrado a los suyos que tienen los tacones
distráidos
y las suelas sonrientes, ¡ese llorón! Y seguro
que no ha controlado si Carmencita se ha cambiado de
ojos.

AGUSTINA. — Pero ¿qué estás diciendo?

ROSAURA. — Yo sé lo que me digo.
Haz el favor de traerme dos sábanas pasadas por agua,
ya que estás levantada. Y ten cuidado de no manchar los
huevos,
que están recién mudados. Tráeme también un almoha-
dón amargo,
y café, pero que esté mullido.

AGUSTINA. — ¡Rosaura!

ROSAURA. — ¿Por qué gritas tanto? ¿Cuántas veces
te he traído yo el desayuno cuando te quedas en la cama?
Ten cuidado que el pan esté bien rojo.

AGUSTINA. — ¡Rosaura!

ROSAURA. — Bien, ya lo haré yo, si tanto te molesta hacerme
este favor.

El sol ya está alto, hace una noche buenísima.
Mejor será levantarse. ¡Uf, pero qué pereza!
Por favor, abre por lo menos las alfombras,
que entre un poco de oscuridad. No, mejor abre
la tele: ¡ya es casi verano! Las águilas
han vuelto hace tiempo a las aceras:
¡escucha cómo chillan! ¡Qué suerte tienen! Siempre las
mismas
desde que yo era niña, y las interrogaba sobre el mar.
Claro que resulta difícil adaptarse.

AGUSTINA. — Rosaura... itendré que llamar a un médico!

ROSAURA. — ¿De qué te ríes? En lugar de estar triste, estúpida,
en este caluroso día de Febrero.
con las ganas de charlar que tengo.
¡Si Basilio me oyera! El que siempre se está quejando
de que soy demasiado callada, y me relaciono difícilmente
con las cosas.

Suerte que está aquí, y no me oye.
Aún tengo que comprender si nuestra unión ha sido feliz.
Deberíamos tener ambiciones comunes, pero me acusa
de no ser bovarista por infantilismo. ¡Bah!
Ven, ayúdame a ponerme la bandeja, que me voy a
levantar...

¿Qué esperas? Yo me enfrento
heroicamente con el día, ¿y tú me pones mala cara?

AGUSTINA. — ¡Señor, protégenos!

¡Esta pobre mujer ya no sabe escoger las palabras
en una lengua tan noble, tan luminosa,
que sabe distinguir tan bien
a los caballeros de las damas!

XIII EPISODIO

BASILIO. – ¿Cómo está mi pobre Rosaura, doctor?

MANUEL. – Si realmente quiere saberlo, se está curando.

BASILIO. – ¿Y cuánto le queda todavía?

MANUEL. – Más o menos, hasta la primavera.

BASILIO. – Pero ¿qué ha ocurrido?

MANUEL. – ¡Eh, señor! Quizás más Buda que Odín, quizás
Visnú más que Buda... Sea como fuere,
ningún radar los había detectado.

Se ha visto al Dios Varuna tomando de la mano
al niño Jesús. ¡El nuevo Dios de la vejez,
aliado del antiguo Dios de la infancia!

El caso es que todo es siempre lógico,
y nada ocurre si no hay premisas.

¿Quién hubiera podido prever jamás
que los Anglosajones estarían a la vanguardia?

Es obvio que he nombrado a los Dioses al azar:
pero en cuanto a los campus, existen documentos.
Los tiempos de la lucha por los Derechos Civiles
pertenecen ya a personas que tienen un pasado;
del SNCC dan testimonio unas fotos amarillentas:

los escritores que lo han comentado como una novedad han ido ya a parar al número de aquellos que consideran que la historia ha sido un idilio.

Decía pues que las antiguas divinidades veneradas con barro, miel y mierda, han tenido un gran regreso. Los sujetos predispuestos lo han advertido en seguida.

BASILIO. — Debería hablarme más bien de la torre de Babel.

MANUEL. — Sería un excursus.

El de Rosaura no es de hecho más que un caso. Si así lo desea, la afasia puede explicarlo todo. Lea a Jakobson. Lo que importa es que la Burguesía quiere eliminar su pasado reciente y a la Iglesia esbirra y puta: no era capaz de hacerlo por sí sola. Necesitaba corderos revolucionarios; los ha hallado entre sus hijos, como es natural. Los ha hecho educar por los viejos Dioses olvidados, pestilentes de inútil estiércol, que los llamaron a su seno, y luego los volvieron a enviar al mundo a destruirlo todo. Hubo formas regresivas de toda especie. Pero basta ya de este ensayo tan poco ortodoxo. Volvamos a nosotros. Nuestra paciente era un cuenco semivacio, porque no se había llenado del Bien Burgués... la muy inadaptada.

BASILIO. — Pero bueno, ¿esto es un manicomio o un Seminario de estudios marxistas?

MANUEL. — ¡El juego!

Esto, sobre todo, se olvidará.

BASILIO. — Perdóneme si vuelvo a ello como los cornudos. Entonces

la Burguesía, para liberarse

de su reciente pasado (cultura, arte, artesanía, cultivo de los campos, además de la Iglesia, supongo), necesita —contra sí misma— hijos revolucionarios.

MANUEL. — Sí: hijos muy serios. Impregnados de sentido del deber.

BASILIO. — Pero ¿es por puro y simple deporte?

MANUEL. — Sí, el gran Espíritu de la Burguesía se divierte. Es el último de los que saben divertirse.

BASILIO. — Arriesgando mucho, según parece.

MANUEL. — Arriesgando la verdadera revolución.

BASILIO. — ¿Y por qué, si no soy indiscreto?

MANUEL. — Se ha producido una revolución en los modos de producción y de consumo, señor. Para adaptarse a esa revolución ese gran Espíritu ya no podía crearse sólo opositores; necesitaba, precisamente, auténticos revolucionarios.

BASILIO. — ¡Ah!

MANUEL. — Solemos creer que el Poder es un monstruo obtuso...

un vientre enorme e hinchado...

BASILIO. — ¿Y en cambio?

MANUEL. — Es extremadamente elegante.

BASILIO. — Soy todo oídos.

MANUEL. — En cuanto a los hijos, la lección de los viejos Dioses resultará naturalmente imbécil: imagínese lo que van a aprender de ellos las masas de pequeños burgueses!

Aprenderán a destruir, como ya aprendió Hitler. Cuando todo lo que el Poder quiere destruir haya sido destruido, los jóvenes hijos habrán cumplido su tarea. Entonces la gran novedad será que ya no sabrán bromear...

BASILIO. — ¿Y en cuánto a Rosaura?

MANUEL. — Déjela que siga jugando un poco más; su afasia es una excusa para no contar sus sueños. Finge que no distingue los nombres de las cosas, simplemente porque las cosas eran demasiado perversas: vivir entre ellas era como vivir en un campo de concentración.

BASILIO. — Claro, yo no la amo lo suficiente...

MANUEL. — Eso no es demasiado grave: más bien lo que ocurre es que Rosaura no le ama; y no le ama como compañero pequeño burgués adulto, auspiciado por la sociedad y bendecido por Dios.

BASILIO. — De eso es de lo que debe usted precisamente curarla (si no me equivoco), y devolverla pues a la vida.

MANUEL. — ¡Eh! Nosotros los médicos estamos en contra de toda definición de la vida: lo único que sabemos es que está vivo quien vive.

BASILIO. — Interesante: muy liberal.

MANUEL. — Aún diré más: ponemos en tela de juicio la idea corriente de la vida, y consideramos que es preferible conceder a los así llamados locos su universo, antes que hacerlos regresar a aquel que los ha marginado.

BASILIO. — ¡Usted quiere escandalizarme!

MANUEL. — Después de todo, ellos han tenido el valor de ceder al sentimiento que desvaloriza una vida digna de ser desvalorizada: y han sido capaces de realizar semejante enormidad.

BASILIO. — Mi querido doctor, no me extrañaría que se hubiese enamorado de mi pobre Rosaura y aprovechase su estado para palparle el trasero.

MANUEL. — Por supuesto que la amo, porque, para Rosaura, a su hijo Carlos le empiezan santamente a brotar unos pechitos nuevos, y a su hija Carmencita, en cambio, un pequeño pene.

BASILIO. — ¿Y a mí?

MANUEL. — Su nombre de “Basilio” o “marido” es tabú en el sistema lingüístico de Rosaura.

BASILIO. — Consiga que vuelva a él cuanto antes, por favor.

MANUEL. — A más tardar, en la primavera del 68, repito, pongamos en Mayo... ¡si tanto le importa!

BASILIO. — Me importa, me importa.

MANUEL. — Así Rosaura, que ha encontrado la manera de desobedecer sin ser desobediente, volverá a obedecer sin ser obediente. Ella que escucha a las águilas cantando bajo las aceras oírá golondrinas chillando bajo los aleros, y el día que para ella comienza con la oscuridad comenzará con el sol. El café ya no será mullido sino amargo, las sábanas ya no estarán pasadas por agua, sino recién planchadas: y en fin las cosas volverán a ocupar su lugar y sus cualidades, ya que es siempre de la Razón la última palabra.

BASILIO. — ¡Okay! ¡Mi mujer volverá a hablar la realidad!

MANUEL. — Se lo ruego, no confunda su condición burguesa con la realidad. ¡Es una identificación ofensiva!

No confunda la palabra con el silencio o con el grito, señor.

BASILIO. — Médico estúpido, déjese de historias.

¿Es que me ha tomado por un payaso?

¿Realmente ha creído que podía hacer su show ante un pobre palurdo?

Pues se ha equivocado.

Sane a mi mujer, y cállese.

Si ha podido trinar tanto ha sido porque yo se lo he permitido.

Estoy más informado que usted sobre el tema en torno al cual me ha propinado tan hermosa lección.

He estado en los Países de esos viejos Dioses que usted ha nombrado, como aficionado que es, al buen tuntún.

He estado en los campus americanos y en el Mississipi; conozco a fondo los problemas sindicales y el radicalismo pacifista en los Estados Unidos.

No he ignorado ni un solo libro de la amplia bibliografía sociológica sobre la nueva composición de la sociedad y sobre todo sobre la nueva "calidad de vida" de los jóvenes.

Mi querido médico estúpido, no me toque los cojones con su ballet brechtiano de marxista amargo.

Lo que usted vanidosamente se jacta de saber, yo me limito simplemente a saberlo.

Usted chilla su pequeña burguesía mientras que yo, siguiendo mi sino, la vivo.

XIV EPISODIO

BASILIO. — Mi querida familia, nos hemos reunido para festejar un acontecimiento, dejadme decirlo, solemne. Una criatura regresa al mundo. Una hija pródiga vuelve junto a su padre...

CARLOS. — ¡Pero si tú no eres su padre!

BASILIO. — Cállate: ¿qué sabes tú de figuras retóricas? Para que te enteres, yo soy también su padre, como soy también su hijo. ¿No es cierto, Rosaura?

ROSAURA. — Sí, Basilio.

BASILIO. — No se pueden negar ciertos sentimientos por injustos que sean, antes de que la historia los supere. ¿O acaso queremos correr más aprisa que la historia?

CARLOS. — ¡No! ¡No!

BASILIO. — Nuestro ser burgueses incluye sentimientos anti-
guos

como es, para una mujer, amar a su padre y ser amada por su hijo: durante unos años más, reunir estos dos amores forma parte del oficio de mando.

Que debe pues mandar prepotente como un padre,
y necesitar cariño como un hijo.
¿Podría alguien acaso demostrar
que las cosas no están aún reamente así?

CARMENCITA. — ¡No, papá, no!

BASILIO. — Y si alguien quisiera demostrarlo
—con la intención de colocar el carro delante de los
bueyes—
sería un moralista utópico: ¡contradicción de los tér-
minos!

SEGISMUNDO. — ¡Sería un ateo comunista!

BASILIO. — ¡Silencio! No se pase de la raya, usted,
viejo suegro reaccionario. Es sabido que por parte
de una mujer amar a su padre y padecer
su instinto represivo, es injusto.
Como es injusto amar a un hijo
aceptando sus ansias de cariño, la eterna
necesidad de la madre. Entonces,
si son cosas injustas, será preciso
luchar para que cambien, incluso a costa
de aliarse con los comunistas... Pero volvamos
a nosotros. Este es un día de fiesta familiar...

AGUSTINA. — Pero qué ocurre... Oigo en la calle
gritos y ruidos...

BASILIO. — No estamos en la calle, o en la plaza,
querida cuñada: estamos en el interior de nuestra casa.
Y es aquí donde celebramos nuestra fiesta.
¡Vamos, papá! Segismundo, descorche el champán!
¡Sólo en un mundo injusto
es posible reír y conocer la alegría de vivir!

SEGISMUNDO. — ¡Salud, salud!

BASILIO. — ¡Por Rosaura, ya recuperada!

Trae tu copa, Carlos, y pronuncia
este brindis por mamá:
“¡Gracias por haber vuelto al lager¹
donde nos vemos todos obligados a vivir
buscando las libertades como mejor podamos!”

AGUSTINA. — ¡Pero qué ocurrirá ahí fuera!

BASILIO. — Ahora tú, Carmencita, ánimo.
Repíteme conmigo este brindis:
“Gracias por haber vuelto a aceptar las reglas
en las que educaste muy a tu pesar a tu hija:
ella proseguirá tu lucha
de burguesa extraviada.”

SEGISMUNDO. — ¡Salud! ¡Los machos cabríos bailan
cuando regresa la oveja negra!

AGUSTINA. — Están gritando, es un verdadero alboroto,
¿qué estará pasando?

BASILIO. — Yo sólo sé una cosa: aquí no se viven tragedias
con sus maravillosas agniciones.²
Aquí se vive la crónica, que es sin embargo la aventura
impalpable de la vida. Rosaura,
no es la existencia la que está al servicio de la historia,
sino, por el contrario, la historia la que está al
servicio de la existencia.

En el momento en que menos sabemos, arrastrados
por el viejo flujo irrefrenable —y hace solecillo,
el solecillo de primavera que calienta los muros—
o el lecho del río que arrastra al campo
con sus hierbajos hasta la ciudad,
y quizás alguien celebre una fiesta, como nosotros, en la
casa limpia y reluciente, alzando una copa de vino

¹ N. d. T.: en alemán, campo de concentración, de exterminio.

² N. d. T.: “Agnición” o anagnórisis: en la trama de una tragedia, episodio
en que se produce el reconocimiento de una persona por otra.

en el aire que mayo transforma en tristemente claro
pues bien, es en este momento cuando la historia se
cumple.

Las instituciones son los diques de la existencia,
y la historia se limita a derribar y reconstruir,
según exigencias nuevas,
estos diques de protección: no le demos
la primacía, a la historia,
que permanezca humildemente sometida a la vida.
Tú, Rosaura, no has querido aceptar,
durante cierto tiempo, esta vida rígidamente
contenida en las instituciones: y,
a través de la locura y la degeneración de la lengua,
has pedido a la historia que interviniera,
como si ella fuese la autoridad.

Te equivocabas: precisamente era esta humilde y oscura
vida —que rechazabas como atrocidad burguesa—
el auténtico gran valor. Ahora lo has comprendido.
¡Viva!

AGUSTINA. — Mis mejores deseos de buena salud:
iy por nuestra lengua española!

BASILIO. — Eso sí que es ser prácticos.

AGUSTINA. — Sí, porque me parece que nos estamos alargando
demasiado,

mientras ahí fuera... ¡Oh Dios, son tiros!

¡Tiros de fusil! ¡Disparan! ¡Se matan!

ENRIQUE. (*Desde fuera.*)

¡Abrid, por favor abrid!

¡Dejadme entrar! ¡Por favor!

AGUSTINA. — ¡Están echando la puerta abajo!
¿Qué hacemos, Basilio?

BASILIO. — Voy a abrir.

AGUSTINA. — Vamos, vámonos niños, vámonos
a otra habitación: ¡tú también, papá, ven con nosotros!

(*Salen, y entra Enrique.*)

ENRIQUE. — Gracias, gracias por abrirme
y por dejarme entrar...

BASILIO. — Mi mujer, Rosaura.

ENRIQUE. — Me llamo Enrique, encantado.

ROSAURA. — ¡Encantada!

ENRIQUE. — Perdone mi aspecto...

ROSAURA. — Por mí no se preocupe.

BASILIO. — Pero... vosotros dos... por casualidad... ¿os cono-
cáis?

ROSAURA. — No, es la primera vez que le veo.

ENRIQUE. — Yo en realidad acabo de llegar ayer mismo de
Madrid;

y nunca había estado en Barcelona...

BASILIO. — Os habéis mirado con la mirada
de dos que se reconocen.

ENRIQUE. — Pero... no comprendo...

BASILIO. — ¡Afinidades electivas!

ENRIQUE. — ¿Puedo sentarme? ¡No me tengo en pie!

BASILIO. — Siéntate, por favor: y hazlo en el sofá de cuero,
orgullo de nuestra casa burguesa...

ENRIQUE. — Yo también soy burgués...

BASILIO. — Bien, entonces este es un intercambio de visitas.

ENRIQUE. — ¿Me toma el pelo? No puedo rebatirle, señor,
soy su huésped...

BASILIO. — ¡Pero puede hablar! ¿Verdad, Rosaura, que no soy
fascista?

ROSAURA. — En efecto, don Enrique, mi marido no es fascista.

ENRIQUE. — La policía me ha perseguido hasta aquí. Están disparando.

He visto cómo caían algunos...

BASILIO. — En Barcelona ya no están acostumbrados a las huelgas.

ENRIQUE. — Era una manifestación de estudiantes.

BASILIO. — ¿No había obreros con vosotros?

ENRIQUE. — No.

BASILIO. — ¿Y cómo es eso?

ENRIQUE. — Trataremos más adelante de acercarnos a ellos...

BASILIO. — ¿Quieren que se les corteje?

ENRIQUE. — Nosotros somos en relación con ellos lo mismo que los campesinos en el 17: material explosivo, simple material explosivo.

BASILIO. — ¿Y qué es lo que queréis?

ENRIQUE. — Todo.

BASILIO. — Decir todo...

ENRIQUE. — Sí, según el sentido común; no, según la Imagenación.

BASILIO. — ¿Quieres reducirme a campeón del sentido común?

ENRIQUE. — Como reformista, lo es.

BASILIO. — Correcto. Pero así y todo, tendrás también unos padres comunistas.

ENRIQUE. — Nosotros rechazamos a todos los padres.

BASILIO. — ¿A todos? Comprendo que se pueda rechazar a un padre profesional o terrateniente, ¡Pero a un padre barrendero o albañil!

ROSAURA. — ¡Qué juego tan bonito! ¡Y pensar que Manuel decía que la gente ya no sabe jugar!

BASILIO. — Precisamente hemos introducido el tema de los obreros...

ENRIQUE. — ¡Con gran entusiasmo de los Sindicatos!

BASILIO. — Pero dime, siento curiosidad: si los objetivos clásicos que debe conquistar la clase obrera han sido alterados por una su revolución interior...

ENRIQUE. — ¡Ah! ¡Ah!

BASILIO. — ¡No tiene gracia! Tú te lanzas a conquistar algo y te encuentras con otra cosa...

ENRIQUE. — También eso lo había previsto Marx.

BASILIO. — Vivir es contradecir las previsiones.

ENRIQUE. — Viejo espiritualismo paternalista.

BASILIO. — Además, los nuevos sistemas de producción a escala mundial, crean nuevos tipos de hombres.

ENRIQUE. — Degeneración extrema del capitalismo...

BASILIO. — Sí, nuevos tipos de burgueses, pero también nuevos tipos de obreros.

ENRIQUE. — Si las impresiones estéticas tienen algún sentido.

BASILIO. — ¿Qué tendrá que ver con vuestra revolución este nuevo y degenerado tipo de obrero a la cabeza de un nuevo y degenerado sistema de producción?

ENRIQUE. — La explosión revolucionaria

que hará caer por sí solo al viejo poder,
regenerará al nuevo.

BASILIO. — Te dejas a tu futuro pronosticante,
y basta de política,
que convierte al Narciso en Profeta.

ROSAURA. — ¿Qué estudia usted, don Enrique?

ENRIQUE. — Ciencias políticas.

ROSAURA. — ¡Tan joven! ¡Si parece un chiquillo!

ENRIQUE. — ¡Tengo diecinueve años!

ROSAURA. — Cuéntenos algo de su vida.

ENRIQUE. — El nacimiento, como es sabido, lo es todo. Algo
me ha empujado
por las calles de Madrid, por desiertos provincianos de
luto...

Y heme aquí. Hablo con voz ronca
por un cansancio justo. Sé bien que es duro,
pero no me quejo. Esta es la manera que he elegido
de ser viril. Lamento oler bastante mal,
como quien ha pasado la noche en una sala de espera
sin quitarse los zapatos; y tiene el pelo costroso
de polvo. No cuido mi aspecto, más bien
lo mortifico. Considero mi cuerpo
como algo de escaso valor. Otras cosas me rondan en la
cabeza.

Si me decís que nuestra lucha no es unitaria
y que los obreros no están a nuestro lado, una sonrisa
me ilumina de paciencia: sé bien que es cierto,
pero estoy más allá de esa verdad. Y así, si me dicen
que al fin y al cabo hasta un pobre policía adolescente
venido del subproletariado andaluz
es políticamente más puro que yo, también en ese caso
sonríe con paciencia: más allá del límite cercano
de ésta que es una verdad incuestionable, nos aguarda

un nuevo espacio, al que, extenuados pero satisfechos,
llegaremos: ¡dejad tiempo al tiempo!

BASILIO. — Rosaura, ¿no oyes? Es un discurso
hecho a tu medida. ¡Rosaura! ¡Rosaura!
Duerme... ¡Ah, ah!

Es la historia de siempre.

Ha advertido el peligro, y he aquí que han llegado
los dos compadres, el Moreno y el Rubio,
de tierras australes

— con su frasquito azul,
y el común apodo de Salvador.

Han tomado en su regazo a la niña dormida.

El sueño abre hacia otros mundos
pasando por otro mundo...

qué es lo que se deja por el camino, en este viaje
entre uno y otro sueño,

es un misterio: quizás nada — quizás nada de nada...

¡Quién sabe! Puede que tú, querido estudiante, la hayas
herido.

donde no debías herirla, y ella, vulnerable a todo...

o arrojarse a tus pies, o huir: mentir, desde luego que no...

Pero ¿realmente no os conocíais?

También después de la primera mirada, al observaros,
cuando ella empezó a hablar,

he visto en vuestros ojos la luz del reconocimiento.

Al igual que Shamazan y la mujer del Demonio,
habéis hecho el amor con los ojos.

¡Eh, don Enrique! ¡Don Enrique!

¡Lo que faltaba! ¡El también se ha dormido!

¡Y parece estar bien a gusto!

¡Ahí están, uno a cada lado, abandonados en el sueño

de los justos.

Y yo solo en la vigilia, marido
que el sueño ha convertido en cornudo.
Hay algo siniestro en su complicidad

de durmientes. ¿O acaso se trata de la eterna victoria de los inocentes?

¡Ah, qué agotador resulta tener que defender nuestra propia degradada realidad!

¡Por el contrario, para ti resulta fácil, estudiante, impartir lecciones de pureza, con tu simple existir!

He ahí tu cabeza reclinada en el cuero, despeinada y tozuda, con pocos pensamientos y pocas dudas: ¡y llena asimismo de errores que son sin embargo la realidad nueva con la que resulta inútil discutir y tener razón!

He ahí tu pecho, con tu corazón que ha permanecido anclado a los sentimientos más toscos y simples,

poco cuidado, desatendido incluso: pero también sobre esto, ¿para qué discutir?

La civilización técnica hace regredir muy muy atrás con respecto a la civilización humanista: el corazón humano no conoce otras sutilezas.

He ahí tu vientre, último receptáculo del bien primero de la existencia al que sólo las viejas instituciones garantizan una forma, indeciblemente intensa, de eternidad: pero que tú por ahora rechazas, debido a sus injusticias, y delegas, como más hermosa, al futuro, aproximadamente, en los idílicos plazos de tu furia verbal. (¡Izquierdismo, enfermedad verbal del marxismo!)

Y he ahí tu sexo sin duda convertido en áspero y caliente por este primer bochorno primaveral del mayo del 68.

¿Me equivoco? Pero me parece que está erguido... Sí, la erección juvenil en el sueño... que presiona, con indecencia pareja a la inocencia, la tela de los pantalones,

y (¡Por tan poco!) parece hacer eterna la condición pasajera de hijo: con esa antena erguida sobre el mundo indicas como un joven animal la zona del bosque de la que eres señor, y nada vale contra ese signo.

Bien. Ahora sí que tengo que decidirme.

Marcar un simple número de teléfono.

Avisar a la Policía de que el estudiante está aquí.

No, quizás sea mejor el mando de la Falange: el estudiante en cuestión es un delincuente político.

III ESTASIMO

El portavoz del autor se presenta, tímidamente, ante vosotros. Esta es tan sólo su tercera aparición, pero aún así querría que se lo tragara la tierra, llegado a este punto, tan inoportuna, extraña, chirriante le parece que suena su voz.

¡Cuán inferior resulta el autor ante su obra! ¡Cuán más pequeña es su cabeza que lo que ella misma imagina! ¡Cuán más mezquinos son los pretextos y las justificaciones que la realidad que se expresa a través de ellos!

Aún así no puedo eludir la función que me ha sido asignada, y que forma parte del texto. Y estoy aquí con el encargo de llamar vuestra atención sobre ciertos problemas, que —aún siendo ideológicos y técnicos, es decir pequeños— tanto preocupan a quien me envía.

Volvamos por segunda vez al rito del teatro, o sea al que la burguesía desea y el autor odia.

En este caso la misma inspiración más bien ambigua, oscura y contradictoria de la primera vez, ha empujado al autor a imaginar la breve escena que sigue como si se desarrollara en el interior de un documento: y precisamente en el interior de una fotografía que representa el dormitorio de un campo de concentración, un lager.

La patética reconstrucción escénica no implica nostalgia por el viejo teatro, sino utiliza al viejo teatro, mezclado con la fotografía, como elemento expresivo de sentido incierto: sin embargo, el autor os ruega que os sintáis, durante unos minutos, espectadores a la antigua usanza, y que disfrutéis con lo que ha sido hecho para vuestro placer.

Todo ha sido cuidado a la perfección por el viejo escenógrafo adolescente, enamorado de los materiales y las luces: las literas, las mantas abandonadas por los muertos, los escasos objetos y los escasos andrajos colgados de la pared o tirados en el suelo, los pobres monstruosos seres humanos, tendidos en esos cubiles de animales, con sus cráneos afeitados, las rodillas y los codos enormes por la delgadez, y así los ojos, dilatados, hundidos, y que sin embargo, al mirar hacia el objetivo que ha fijado toda la escena, revelan en su interior una luz miserable, casi vergonzosa: una sonrisa.

XV EPISODIO

BASILIO. — Aquí en el lager todo está en orden: claro, no podemos dejar de reivindicar como mérito nuestro el saber disponer a conciencia aquellos lugares donde nace la revuelta contra nosotros.
¡Melainos! ¡Leucos!

MELAINOS. — Di, señor.

LEUCOS. — Estamos a tus órdenes, Basileus: ya que siempre, *todo, como lo mandaste,* *queda efectuado.*¹

BASILIO. — Como siempre, al final del ciclo, se obtiene la codificación:

las cosas ahora ya están simplemente así:
el Poder se ha servido de quien lo ha criticado
para comprenderse dudosamente, antes. Luego
se ha servido de quien se le ha rebelado
de un modo extremo, para tener extrema
consciencia de sí mismo.
Su cambio de naturaleza
ha nacido de la propia naturaleza: el Poder, que siempre

¹ N. d. T.: En castellano en el original.

se había recreado
igual a sí mismo,
esta vez se ha recreado diferente a sí mismo.
Y quien debía sustituirlo
con un Poder nacido en otra parte,
es decir, en la conciencia del pueblo,
ha seguido el destino de sus objetivos:
la disolución. Es cierto. Los niños
que hace poco jugaban en las calles,
tienen ahora veinte años: y yo, Padre, me he servido
de ellos para liberarme de mis formas últimas y antiguas
Les he enseñado la lengua
de la revuelta y de la revolución.
He arriesgado mucho.
Pero ahora vuelvo a tomarlos conmigo, porque
ninguna contestación contra mí es sincera.
Valor Melainos, valor Leucos, id a despertar
a esa criatura inquieta, la única
que puede turbar mi conciencia:
Pero despertadla con delicadeza,
de modo que un despertar demasiado brusco
no disperse su sueño. Ha llegado
el momento de recordarlo. De saber
dónde estaba antes de estar aquí. De confrontar
una realidad muerta con una realidad viva.
Además, mis policías, es la última
vez que os confío este encargo. De ahora en adelante
ya no habrá *otros lugares* donde despertar.

XVI EPISODIO

ROSAURA. — ¡Basilio!

BASILIO. — ¿Qué ocurre, querida? ¡Habla! ¿Qué miras
fijamente delante de ti?

ROSAURA. — Basilio... esta vez...

BASILIO. — ¿Esta vez qué? Tus ojos son felices,
tu rostro está arrebolado de felicidad...

ROSAURA. — Sí, soy feliz, Basilio, feliz.

Esta vez recuerdo mi sueño.

Pero soy tan feliz más que por eso,
por lo que el sueño me ha dicho.

BASILIO. — ¡Cuéntalo!

ROSAURA. — Mi verdadera vida no transcurre en un palacio,
ni en una torre, ni en una casa pequeño burguesa:
mi verdadera vida transcurre, en realidad,
en un lager, en un hielo tenebroso. En el
barracón donde estoy encerrada entra
un poco de sol, reflejado por la nieve. Fuera
ladran perros. Los SS escuchan gramófonos.
En las literas, en fila, están
acostados los condenados: blancos como de yeso sobre las

mantas grises de polvo helado. Tienen los brazos sacados, colgando, unos bracitos tiesos.

No pueden levantar sus macizos cráneos descarnados; y miran como perros que no saben porqué no pueden moverse; miran todos hacia un punto, donde aparecerá quizás quien pueda mirarlos, fuerte y libre; quizás deban prepararse a recibirlo, y en las ojeras donde se pierden sus ojos, en la hilera prominente de los dientes, vaga algo indescriptible: una sonnisa.

También yo estoy allí. Un esqueleto casi sin pelo ya, en el cubil; tengo las piernas destapadas, finas como las de un feto, tan sólo sobresalen los nudos de los huesos de las rodillas; apoyo mi mejilla sin carne sobre la tela del cabezal donde me han precedido tantos que ya han muerto; aprieto como un tesoro los escasos objetos que me pertenecen, unos trapos, una foto... Y yo también, con los blancos huesos de mi cráneo, sonrío.

Ya no somos hombres; ya ni siquiera tenemos la vida extraña de los animales; somos cosas de las que sólo los demás pueden disponer. Debemos dar asco, para poder ser usados mejor por quien así lo quiere; porque ya sólo nos queda una libertad: la de traicionarnos.

Y en efecto, cada uno de nosotros, abriga, con su tenue tufo de enfermo de vísceras, el deseo de poder por fin guiñar a sus amos, que vienen para condenarle.

Queremos ser los primeros ayudantes de nuestros asesinos, que han inventado complicados mecanismos para matarnos juntos.

Tendremos pues que ser rápidos y diestros al marchar en fila, desnudos, entre las alambradas, hacia la barraca donde está instalado el horno crematorio; tendremos que entrar en orden, evitar amontonamientos; tendremos que mostrarnos ágiles y diligentes, en la medida que nos lo consientan nuestros cuerpecillos torturados.

Es la hora de la espera; y el sol, como cualquier otro día enciende poco tiempo nuestro barracón; itoda una tarde y una noche entera para vivir! Es mucho, y nos disponemos a disfrutarlas, sin hablar entre nosotros, porque el auténtico interlocutor nuestro es el amo que ha decidido nuestra muerte: y cada uno de nosotros está seguro de ser su preferido.

Así, poco después, desde un pueblo lejano, suenan las campanas. Luego vuelve el silencio. Del sol queda un último rastro extraviado por las paredes oxidadas. Extrañamente el silencio se prolonga —cuando, hacia estas horas, normalmente— los soldados comienzan inocentes sus coros.

Media hora, una hora más puede durar ese silencio. Después, cuando aún no se ha desvanecido del todo el último resto

de luz, de pronto, se oye un canto.

Pero es un canto diferente: no es el de los sicarios, el de los ángeles de los amos...

Es un canto oído cuando éramos niños, cuando España era libre y en los ayuntamientos ondeaban banderas rojas. Ese canto avanza: se va haciendo más claro; un número inmenso de personas lo canta: parece

una marea, que avanza e invade poco a poco el lager. Aquí está, retumba bajo las paredes de nuestro barracón; ya se abren, tumbadas, las puertas; y, cantando, entran los obreros. Traen banderas rojas apretadas en los puños, con hoces y martillos; llevan metralletas en ristre; tienen pañuelos rojos anudados al cuello, sobre los cuellos renegridos de los monos; traen trajes, abrigos, alimentos; ahora se nos acercan, nos abrazan, besan nuestros rostros sin carne, nuestras carnes putrefactas; nos incorporan, nos sostienen, como hermanos, nos dan las ropas, nos ayudan a vestirnos; nos ofrecen comida; nos llenan las cantimploras de vino; beben con nosotros, brindando; y si a nosotros se nos llenan los ojos de lágrimas, ellos también lloran, de alegría, volviendo a abrazarnos. "Sois libres" —nos repiten, como si ya no fuésemos capaces de comprender estas palabras— "¡Sois libres!".

BASILIO. — Un sueño hermosísimo, Rosaura, realmente un sueño hermosísimo. Pero pienso (y mi deber es decírtelo) que precisamente en este momento comienza la auténtica tragedia. Porque de todos los sueños que has tenido o tendrás puede decirse que podrían ser también realidad. Pero, en cuanto a este de los obreros, no hay duda: es un sueño, nada más que un sueño.